

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

“EL ESPACIO COLECTIVO DEL SIGLO XXI”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

LICENCIADO EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A:

JOSÉ JAIME RUBIO ALCÁNTAR

DIRECTOR DE TESIS: DR. PABLO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB

REVISORA: MTRA. LUZ MARÍA JAVIEDES ROMERO



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas

Tesis Digitales

Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Este trabajo está dedicado a:

Minda, por tu fortaleza para la vida, porque hasta en lo más oscuro de la existencia sacaste fuerza para que tus hijos tuviéramos la posibilidad de decidir, gracias Mamá por tu ser siempre cariñoso y atento, por tu alegría para la vida aún cuando no te ha tocado nada fácil, por soportarme y sobre todo por haberme inscrito desde siempre que yo iría a la universidad, con lo que me regalaste la posibilidad de otro mundo.

Yarabid, por la suerte de enamorarnos como unos tontos, que es como se debe, por las risas, los juegos, el apoyo incondicional, las diferencias, las heridas y el coraje para quedarnos juntos estos últimos once años. Simplemente porque cuando estamos juntos y sonrías, la vida tiene sentido.

Agradecimientos

Qué difícil resultó escribir esta parte del trabajo de tesis, porque parece que hay que resumir en cinco líneas todo el afecto que uno siente por los seres queridos y hoy no me siento particularmente poeta, pero sin más, ahí les van mis mejores cariños.

A la Universidad Nacional Autónoma de México, por ser el espacio que me permitió sin reservas ir más allá de mis estrechas fronteras, por permitirme participar en dos huelgas estudiantiles en donde conocí en viva carne la sensación de ser masa y la capacidad de ofrendar la vida por algo distinto al egoísmo, por regalarme los mejores amigos de mi existencia, por la academia y los viajes a territorios distintos y novedosos, y desde luego y casi principalmente por sus pasillos y explanadas, donde pasé tantas y tantas horas de mi vida formándome como ser humano en la interacción cotidiana. Gracias con todo mi ser porque sin ti quizá no me hubiera atrevido a creer que uno es capaz de lo incapaz.

A mis sinodales:

Pablo Fernandez, porque seguro no lo sabes pero estudié Psicología por tu culpa, porque andaba buscando saber cómo se cura la nostalgia y me encontré un libro tuyo que no me respondió nada, pero a cambio me mostro que hay otra forma de hacer las cosas, que la ciencia y la vida toda son un juego cuya clave está en cómo jugarlo. Gracias Pablo por tu sencillez, por tu disposición a conversar, por enseñarme que “escribir es pensar” y que “cuando uno está triste hay que darle y cuando uno está alegre también hay que darle” lo cual todavía no me sale muy bien pero de menos ya estoy enterado, ah y por aceptar dirigirme la tesis.

Luzma Javiedes, por las clases de socialización, por presentarme a Merton, por mostrarnos en clase que la Psicología social no tiene prisa. Gracias por aceptar ser mi revisora y por ser junto a Pablo los únicos dos sobrevivientes de esa bella costumbre de apropiarse del espacio público consistente en fumar en el salón.

Juan Carlos Muñoz Bojali, por animarme a dar a luz esta obra, por leerla “todita”, por comprometerte sin ninguna necesidad, por estar ahí justo en el momento en que el mundo parecía tan distante, por tu ser profundamente cariñoso, un abrazo eterno.

Rafael Luna Sanchez, gracias por brindarte de forma tan entusiasta, por la seriedad con que asumiste el compromiso de leerme y porque en definitiva fuiste quien me hizo la crítica más significativa, aquello de que “la tesis es muy pablana”.

Adrián Medina, por la amabilidad y presteza con que aceptaste participar como sinodal, por las buenas clases Brunerianas.

A mis profes preferidos, quienes con sus clases dieron sentido a mi paso por la facultad y evitaron que saliera huyendo de la psicometría: Pablo Valderrama Iturbe, porque eres tan buen prof que hasta me gusto el conductismo; Paty Piñones, por el entusiasmo y la apertura en tus clases, en ellas se empezó a resquebrajar mi pequeña idea del mundo; Juan Carlos Muñoz Bojalil, porque tu clase de psicopatología fue una locura total de principio a fin; Pablo Fernández Christlieb, por el hermoso monólogo que jueves a jueves nos brindaba la posibilidad de viajar dos horas ininterrumpidas; Paco Perez Cota, porque en tus clases descubrí que pensar tiene otras dimensiones; Adrián Medina, porque nos enseñaste que la literatura también es una forma de pensamiento y conocimiento tan real como cualquier otra; Luz María Javiedes, por la seriedad de la Psicología social. Todos contribuyeron desde distintas ópticas a cuestionar mi forma de ver la vida, gracias por eso.

A mi familia:

A Gera, por atreverte a ser distinto y sostenerlo con alegría y dignidad, por abrir brecha en este extraño mundo del pensamiento, por regalarme mi primer libro, el que más quiero, porque tu compañía me mostro el lado loco de la vida. Gracias Ge.

A Mayo, mi hermana querida, con quien compartimos la infancia toda, los miedos y alegrías, Gracias por siempre estar ahí, aún ahora que estás tan lejos, por tu valor para emprender camino y por desde allá seguirme acompañando.

A Luis, por los muy buenos ratos de mi adolescencia, por llevarme a tu escuela y enseñarme tu mundo, por la cercanía a pesar de todo. Ahora soy distinto, pero desde ahí te sigo queriendo.

A Dani, mi Josefo querido, por tu enorme nobleza, por siempre estar dispuesto a ayudarme, por las risas y los buenos ratos, por aparecer y salvarme de ser el hermano menor, te quiero.

A Li, la liñita querida, por tu ser siempre divertido y travieso, por compartir conmigo de todo, desde la cambiada de un fusible hasta la ópera, gracias por tus silencios que tanto dicen y enseñan.

A Margarito, por mis dos hermanos menores, por la disposición para apoyarme siempre, por compartir la vida cotidianamente.

A la tía Elvia⁺ y su familia, por ser la tía distinta, por querernos como lo hizo, por las tarjetas postales que cada navidad en mi niñez me hacían saber que había alguien más, allá lejos, pensando en mi, ah y por el gusto de acompañarla a regar sus plantas mientras platicábamos de otros mundos; a los primos Julio, Jazmín y Alan y al tío José Guadalupe por las sonrisas y alegría que implicaba e implica encontrarnos, por los viajes y todo lo compartido cotidianamente. Gracias por ser mi otra familia.

Don Majín y Doña Silvia, porque durante estos años de conocernos se han convertido en parte de mi familia, por siempre recibirme con gusto y buen ánimo, por brindarse cariñosamente primero juntos y después cada uno por su cuenta, pero como esta es mi tesis y yo pongo las reglas, aquí van juntitos y se amuelan. Gracias a ambos.

A mis hermanos de vida:

A Iván, mi carnal, porque contigo descubrí que la diferencia tiene un lugar hermoso en este mundo, porque tu corazón anarquista ha sido abierto y tolerante con este disque socialdemócrata escribano, por habernos encontrado en medio de la construcción de aquel sueño colectivo llamado huelga, por acompañarnos la vida desde que me regalaste mi primer cigarro cubano en aquel septiembre de 1995, pero lo que es más, porque en ti veo lo que ya casi no existe en este mundo: ESPERANZA, DECISIÓN Y LUCHA. Gracias por resistir, en ti he alimentado mi espíritu, y por

supuesto también he apagado mi sed con muchas chelas. Salud, anarkia y revolución, otro mundo es posible.

A Flypy, Orly, la camarada Ilich, Paty, Felipe y Yara, por ser LA BANDA con la que compartimos la vida desde aquella, ahora sí ya, lejana huelga; por los horribles momentos de angustia y las maratónicas noches de juerga, por tener el valor y la disposición de seguir viendo como nos van saliendo arrugas y cariño. Los quiero hartos manis.

A Juanga, por acompañarnos toda la carrera desde primer semestre, por toooooodos los ratos de ocio que compartimos, por los pocos que ahora tenemos, por aferrarnos a seguir ahí, diciendo ¿qué parró ese? Te quiero carnal.

A Joel Polic-anti, por los 180,000 chocos y las 200,000 vueltas nocturnas a la plaza de Coyo y barrios aledaños, eso sí, siempre “bien sabrosos” y “actuando normal”, por dejarme enchinchar tu casa, por estar ahí cuando se necesita con oído atento y disposición para “escuchar” mis necesidades y compartir nuestras locuras, pero sobre todo porque ya sabes que “lo bonito de aquí” es que ¡¡no hay edo de nada!!!

A Auri, por el placer del itañol que nos unió y el privilegio de tu amistad que nos reúne

A los amigos quienes me acompañaron en mi tránsito por la facultad: Luisa, Mariangel, Nora, Juanguita, Argentina, Iliana, Elenita, Katia, Brenda, Gerardo, Mario, Miguel, Joel y Nidia, por darle sabor a los pasillos y la explanada.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1 La constitución del espacio	4
1.1 La colectividad funda el espacio	7
1.2 El lenguaje que lo nombra	10
1.3 Los objetos que lo ocupan	15
1.4 El tiempo que lo profundiza	20
1.4.1 Sin historia no hay psique	24
CAPÍTULO 2 La vida cotidiana del espacio	29
2.1 La vida cotidiana del espacio	29
2.2 Los lugares públicos	33
2.3 Las tres concepciones griegas del espacio	35
2.3.1 El mito	36
2.3.2 El ágora	37
2.3.3 La proporción	40
2.4 La urbe romana	41
2.5 El mito del oscurantismo	43
2.6 El luminoso renacimiento	47
2.7 Dominando la técnica	50
CAPÍTULO 3 Superficie espacial	54
3.1 La macrosimulación de nuestra época	54
3.2 La interacción polarizada	60
3.3 La aspiración del deseo	68
3.4 El largo brazo de la moda	74
3.5 Del espacio al ciberespacio	78
CONCLUSIONES	80
BIBLIOGRAFÍA	83

INTRODUCCIÓN

A lo largo y ancho de la historia las distintas sociedades que han habitado el planeta tierra lo han hecho porque existe un sitio donde constituir ese hábitat, a ese lugar de asentamiento humano se le llama espacio, que para decirlo de una vez es lo que se busca investigar en el presente trabajo. El espacio como tal se puede entender de distintas formas, la más común es aquella que lo concibe como una simple extensión territorial con cielo sobrepuesto incluido. Aunque bien visto el espacio es más que eso, es por ejemplo, un área circundada o no a la que se le pueden agregar y quitar objetos, adaptarse a ella o adaptarla a quien la habita y de esta manera comunicarse con su esencia, crear algo en donde no lo había. Dicho proceso creativo recibe por nombre “cultura”, que entre otras cosas es lo que distingue a una sociedad de otra, porque si bien en la construcción de un espacio se involucran factores de orden natural como el clima del lugar, la orografía y la hidrografía o la necesidad de alimento y cobijo, aunado a esto intervienen de igual forma factores de características socio-culturales tales como la existencia de Dios o Dioses, la escritura, la observación del cielo, el ánimo para hacer poemas, la concepción de la muerte y otra gran cantidad de ritos que dan sentido a la existencia de quien ocupa un lugar en el espacio.

Si bien es cierto que para que el espacio exista se requiere básicamente de un lugar y quien lo vea no basta sólo con eso porque esto equivaldría a un espacio muy simple, de modo que además de lo anterior durante el transcurso de la historia humana el espacio se ha ido aderezando con una larguísima lista de

objetos incuantificables, algunos incluso innombrables, conformando así un espacio más complejo y plural que se transforma de manera continua y cotidiana. Son estos objetos que cohabitan con el ser humano los que le dan riqueza a la estancia espacial, dentro de los cuales el lenguaje figura de manera importante. Con el lenguaje se puede nombrar todo lo existente, dar existencia a lo innombrable y hasta hacer una historia de todo lo anterior, de lo cual resulta algo muy distinto al espacio simple que se describió arriba, porque a un espacio así conformado se le puede denominar espacio colectivo.

No está de más decir que el espacio colectivo es una tira larga, milenaria de vivencias sociales y quizá para efectos de comprensión ha sido satisfactorio dividirla por épocas históricas, posibilitando de esta manera su conocimiento y preservación. Una de esas épocas o eras espaciales es el siglo xxi, la actualidad que todos constituimos en este 2011, y dado que en ella vivimos, este trabajo se propone averiguar cómo se organiza la vida cotidiana en este nuevo milenio, es decir, cómo se vive la atmósfera que el espíritu vigésimoprimerizo está diseñando día con día, las formas de comunicación que éste ha creado.

Es necesidad mencionar que el punto de vista con que se abordará la tarea para lograr dicho cometido es el que propone la psicosociología, que entre otras cosas refiere:

La necesidad de entender la realidad independientemente de las divisiones de la ciencia y la frivolidad de sus pleitos... (Fernández Christlieb, 1994: 10)

Para lo cual, mediante una revisión bibliográfica intentaré aportar una visión personal lo más global posible, procurando permanecer siempre dentro del ámbito de la ciencia sociopsicológica.

CAPÍTULO 1

LA CONSTITUCIÓN DEL ESPACIO

Los otros todos
que nosotros somos
Octavio Paz

En la final del mundial de fútbol de Alemania en el 2006 Mauro Camoranesi, un futbolista argentino nacionalizado italiano, al coronarse campeón con la selección de Italia se acerca corriendo a la cámara de televisión y eufórico grita en español “para todos los pibes del barrio”. Pensar en esto puede parecer trivial, pero bien visto resulta que no, porque en primera instancia pensar es ya de suyo recrear significados, revivirlos, animarlos y porque además lo que dijo el mencionado futbolista evidencia su apego al suelo primordial y al sitio donde está su esencia, aquello que le da sentido a su ser, o sea “los pibes de su barrio”. Lo que de paso abre cancha al asunto a tratar en este trabajo, el espacio.

Pensado y estudiado por diversas áreas del conocimiento el espacio ha sido explicado de distintas formas, la que se propone a continuación es la que emana del punto de vista de la psicosociología, aquel que intenta explicar la realidad no transformándola en números y estadísticas ni midiendo el tamaño del área, su perímetro y forma, tampoco describiendo el tipo de superficie, al menos no nada más eso sino todo junto, interdependiente y un poco más. Como por ejemplo la manera en que se vive en ese suelo, las actitudes que se adoptan, los sueños que

se generan, en fin la atmósfera que se vive cotidianamente en este espacio colectivo del siglo XXI.

Retomando el caso del futbolista descrito dos párrafos arriba se hace evidente que en el momento de mayor gloria donde la emoción -esa que no se razona y sólo se siente- estaba al límite, lo que le salió del alma es lo que llevaba en ella, su suelo natal, de donde adquirió sus primeras formas de relacionarse con el mundo, sus gestos, emociones, lenguaje y hasta el tono tan criticado con el que les dedicó la gloria a sus antiguos coterráneos. No podía ser de otra manera ya que la identidad no la da una carta de naturalización sino aquello que se absorbe indeleblemente producto de las constantes relaciones dentro de una atmósfera y encima de un suelo específico (Fernández Christlieb, 2000) y eso que se adquiere y deja huella tan profunda no es otra cosa que los significados sociales esos que no son propiedad privada de nadie sino pertenencia pública de todos, de la tierra en que se nombran y significan y que en última instancia sirven para dar sentido a la vida social y lo que ésta conlleva: su fundación, modo de organización, normas, roles, tradiciones, mitos, estilos, ritmos, anhelos, en fin, a todo aquello que pertenece a la colectividad, constituyendo así el sustento espiritual de todo pensamiento que haya visto la luz a lo largo de la historia humana.

Así visto, el espacio es efectivamente un lugar para crear, el lienzo en donde las sociedades a lo largo de sus ya bastos siglos de existencia han plasmado y desarrollado su pensamiento cotidiano, su cultura, su ser social. Cultura que está constituida entre otras cosas de un lenguaje que le permite interactuar a través de

comunicarse significados, de objetos que habitan el espacio social transmitiendo los pensamientos y emociones de la sociedad que los creó y del tiempo que le da a ese espacio social un lugar específico en la Historia, Historia que a su vez contribuye a proporcionar sentido a la existencia, sin el cual no tendría lugar la vida social.

De modo que el espacio resulta ser la atmósfera por donde fluye lo que justamente da movilidad a las sociedades, a saber, los significados. Espacio que para serlo debe tener límites; “los cuales son inexorables, constrictivos, convencionales e invisibles, uno no los debe percibir para que lo que está ahí dentro tenga validez”¹ (Fernández Christlieb, 2000).

Es así como la colectividad va por el mundo como por entre una selva de símbolos que hay que aprender y manejar de forma precisa para no sólo poder andar entre su maleza sino también contribuir a su preservación y enriquecimiento.

¹ Pablo Fernández en un excelente ensayo sobre la comunidad posmoderna describe con gran fluidez, de forma clara, concreta y precisa el espacio, sus interacciones y la velocidad que lo domina.

1.1 La colectividad funda el espacio

A decir del diccionario Larousse: el espacio es una “extensión indefinida que contiene todo lo existente” (1987: 173), nada más exacto porque efectivamente el espacio es poseedor de todos los elementos naturales y las relaciones sociales existentes, y dentro de ese todo se encuentra desde luego la cultura, de forma tal que sin espacio no hay sociedad y sin sociedad no hay espacio, es decir, que sociedad y espacio son dos conceptos equivalentes que se necesitan e implican mutuamente para existir y que sirven para designar la vida social en su conjunto, o como lo dice González Ochoa “La ciudad o el asentamiento de una sociedad es algo instituido por ella misma, es decir, que la ciudad es una de sus formas de existencia, su existencia espacial” (2004: 10).

Remontándonos milenios atrás, encontramos que probablemente el momento más placentero y agradable para las sociedades del paleolítico era aquel en que se enfrentaban con los mamut para después comérselos, y no porque les gustara mucho sentir la enorme pata del animal sobre sus cráneos o porque disfrutaran las magulladuras que les producía el enfrentamiento en caso de sobrevivir, sino porque en ese acto, en el hecho de enfrentar al animal, estaba implicado no sólo el acto de satisfacer una necesidad fisiológica: el hambre, sino también y sobre todo la necesidad social de agruparse, de sentirse un ser tan grande que puede

incluso ser capaz de vencer a tan enorme contrincante², es decir, la necesidad de sentirse sociedad.

Después de comerse a tan tremendo animal, mientras el ser humano descansa de su logro, la mente queda en libertad para distraerse, entonces se abstrae, se le va el santo al cielo y comienza a crear, o sea a enriquecer y complejizar su mundo. Lo primero que le hace necesidad es pintar a quien junto a él le da sentido al encuentro, a la batalla, su compañero de juegos el mamut. Y más tarde, cuando descubre el fuego hace cosa de 600,000 años (Hours, 1985) y da cuenta que éste no sólo aporta luz sino también calor para sí y para cocinar la otrora carne cruda, también lo pinta. Sin embargo el fuego no sólo les permite mantener la oscuridad fuera de sus cuevas, suavizar el alimento o calentarse, también y aún más importante es el hecho de dotar a esa sociedad de un lugar donde todos los hombres convergen, un sitio en donde esas fuerzas antes dispersas y sólo eventualmente unidas por la necesidad de alimentarse tienen ahora un pretexto para unirse y compartir, el fuego dota a ese espacio de un centro. Así, una vez alimentados, reunidos y en el ocio, la interacción vira su mirada hacia otros horizontes más amplios y a partir de entonces el grupo se entrega a nuevas tareas aparte de la mera sobrevivencia, tales como diseñar artefactos que lo ayuden a hacer sus actividades más fáciles y el mundo más bello, menos animal y más humano.

² Para estar acorde con los nuevos tiempos y no herir susceptibilidades de aquellas quienes tanto se esfuerzan por la equidad de género, como una hermosa mujer de nombre Yarabid, he de mencionar que las tareas de recolección de frutos y otros vegetales constituían el 80% de la alimentación de dichas sociedades y eran recolectados mayoritariamente por mujeres, además de requerir mayor constancia en el esfuerzo ya que estas tareas se realizaban diariamente, también de manera grupal.

De este modo surge la domesticación de animales de compañía y el hombre se da tiempo para descubrir la agricultura que a la postre lo convertirá en sedentario, y entonces sí, una vez sentado el ser humano, incrementa en gran medida sus actividades culturales.

Ya con tiempo, sin hambre y el corazón contento la gente se entrega a la tarea de crear un mundo más complejo, más rico en significados que le den un sentido más profundo a la existencia. Así aparecen por ejemplo, 60 mil años atrás, los ritos funerarios (Hours, 1985) los cuales a decir de Mumford se convierten en el factor primordial que hace posible la creación de un punto de encuentro permanente, siendo las tumbas un lugar a donde se volvía de manera recurrente y que posibilita poco a poco la creación de un asentamiento humano estable. Por ello el mismo Mumford propone que “En la historia humana (...) la ciudad de los muertos antecede a la de los vivos” (Mumford, 1966 en Lezama, 2005: 36).

Aparecen de igual forma las preocupaciones no materiales, aquellas que se realizan por una razón distinta a la sobrevivencia biológica y que tienen por objetivo satisfacer necesidades simbólicas, en otras palabras, aparece el espíritu. Y una vez que el espíritu social ronda el mundo, éste no vuelve a ser el mismo porque a partir de entonces toda actividad humana tiene ya significación, desde ahora todo lo existente también incluye las necesidades espirituales como parte de esa extensión indefinida que es el espacio.

1.2 El lenguaje que lo nombra

Para llamar a las cosas hay que hablarles por su nombre, sólo así vienen, ponerles una etiqueta que las anime, les de vida y así, una vez inauguradas puedan entrar en el mundo simbólico del lenguaje. Sin embargo, dicha nomenclatura no se asigna así nada más al tin marín y sin ton ni son sólo porque a uno se le ocurre que así debiera llamarse tal o cual cosa, sea ésta la que sea. Ferdinand De Saussure dice allá por principios del siglo xx que “la lengua no está completa en ninguno, no existe perfectamente más que en la masa” (1998: 40), luego entonces, parece ser que es ésta la que se encarga de bautizar a la realidad a través de darle significación social a las palabras, de integrarlas como parte de sus convencionalismos. Es así como la palabra “cantinflear” ingreso en el léxico del pueblo mexicano hace ya varias décadas y más tarde a mediados de los años 90 ingresó de manera formal en el de toda Hispanoamérica a través del diccionario de la Real Academia de la Lengua Española. En este caso, por ejemplo, no fue el personaje al que refiere dicha palabra quien decidió -aunque quizá lo deseara- que su modo extravagante de hablar se popularizara de tal forma, por el contrario, fue la gente quien decidió que éste fuera parte de ella porque le generaba simpatía. Y es que efectivamente, para que una palabra forme parte activa de una sociedad, le signifique algo, se requiere que dicha sociedad la sienta cercana, que le sea simpática, es decir, que sea capaz de fundirse con quien la enuncia, de generar una sensación. De tal forma que cuando alguien le diga a otro frases tales como: “te quiero”, ¡huye! o “ya es demasiado tarde” éste

otro pueda sentir su cariño, la alarma ante un peligro potencial o la decepción de no poder tener lo deseado porque no es el tiempo adecuado para buscarlo.

De esta forma, asignando nombre a lo que percibe, la sociedad va significando el mundo, el espacio en el que se desarrolla diariamente a la vez que genera cultura y con esto amplía simultáneamente el mar de significados que dan forma a la colectividad en que se habita.

El lenguaje, ese ente habitado por un sin fin de palabras en su versión verbal, ocupa gran parte de nuestro mundo, pero no únicamente del racional como argumentan alegremente los neuropsicólogos asiduos seguidores de Broca, no. En realidad podemos hablar del significado de tal o cual concepto como el “aprendizaje vicario” o la idea de “líder carismático” porque podemos describir claramente a que se refieren cada uno de ellos con palabras concretas que intentan decirnos, desmenuzarnos el concepto; a esto es a lo que llamamos significado, o como Peirce nos platica: una palabra significa porque es eso, un signo que se puede decodificar y aprender, pero el lenguaje tiene al mismo tiempo otra cara más sutil, más suave, capaz de penetrar en nuestros seres sin que demos cuenta racionalmente que lo hizo, todo gracias a ese perfume al que Álex Grijelmo llama “la seducción de las palabras”, esa otra cara tiene que ver con el valor profundo de las palabras, con su historia, con esa familiaridad que hace que cuando uno platica a alguien sobre el inconsciente de su novio uno piense en lo duro e insensible que puede llegar a ser el novio y no en el novio con el

conocimiento perdido ni tampoco en el aparato psíquico del susodicho. Y es que si en la parte de arriba hablábamos de significar aquí estamos hablando de evocar, y mientras la primera desmenuza y razona la segunda ocupa el mundo por completo, nace del espíritu social y muestra la profundidad que de una palabra puede venir porque: “el lenguaje no es un producto, sino un proceso psíquico; y estudiar este proceso es estudiar la psiquis humana” (Fernández Acevedo en Grijelmo, 2005: 24).

A los seres humanos nos encanta hablar, “hablamos hasta por los codos” dice la gente. Quizá se deba a que con el lenguaje describimos el mundo, nuestro mundo, y por eso pasamos tanto tiempo haciéndolo, platicando de nuestra vida o la de los demás, jugando con él, buscándole otros significados, modificándolo. Como los poetas que son capaces de poner en palabras las emociones, cosa esta que la ciencia no ha logrado ni tiene visos de hacerlo porque razona demasiado y para transmitir una sensación es mejor sentirla y escupirla en un papel así nomás, como sale. Como cuando a Pablo Neruda (1999) se le ocurrió allá en su juventud decir: “quiero saltar al agua para caer al cielo” o como Miguel Hernández (1996) un poeta que “sabía herir el aire con su silbido” que nos platica: “La cantidad de mundos que con los ojos abres, que cierras con los brazos. La cantidad de mundos que con los ojos cierras, que con los brazos abres”. Finalmente, la gente de a pie que se ha encargado no sólo de encontrarle sentido al lenguaje sino de encontrarle su doble sentido y así, de esta forma, nace el albur tan característico del pueblo mexicano, esa gente que aprendió de su pasado a reírse de lo que

esta cultura actual llora, como por ejemplo la muerte o las desgracias, de las alegrías ni hablar esas merecen borrachera aparte. Existen los dichos, esas frases que no son otra cosa que trozos de experiencia cotidiana que se transmiten de forma oral de generación en generación y que condensan en ellos vivencias tan diversas que van desde saber que “al que madruga Dios lo ayuda” hasta entender que el “camarón que se duerme se lo lleva la corriente”, pero todo este conocimiento hay que agradecerlo porque “a caballo dado no se le ve colmillo” y pues ni modo de ser “limosnero y con garrote”. Estas frases no son otra cosa que una clara expresión de la estética cotidiana que la gente utiliza para dotar de belleza y lúdica el lenguaje diario de la vida.

Claro que hay de vidas a vidas y pues ni hablar, cada quien; pero lo que si es seguro es que no todos usamos las mismas palabras ni de la misma forma, cada quien habla “como Dios le dio a entender” y por eso se puede escuchar en un lugar público estilos tan distintos como el nezayork con su famoso “chale” o “que onda ese” que describen de una manera muy chida su onda; los niños Madrid con su tono seguro de hablar aunque estén diciendo burradas; los “fresas” que no se sacan la papa de la boca ni para comer porque así está “padrísimo” o los que gustan del estilo intelectual, esos que usan una serie de palabras rimbombantes para decir la cosa más sencilla porque la “elocuencia” es inherente a ellos.

Esta diversidad de formas de hablar tiene que ver con el contexto en que se gestan, porque una forma no podría ingresar en el territorio de otra sin ser notada,

sin que su presencia se delate, o bueno, por lo menos eso no pasaba en el mundo hasta antes de la masificación de los ordenadores y el Internet, después de lo cual ya no podemos estar tan seguros.

A finales del siglo xx, aquel que vio morir el esfuerzo mecánico en que se conjugaba metal y carne, ese que todavía usaba maquinas de escribir escandalosas para redactar tesis de grado y que aún se permitía exigir concentración porque de lo contrario se debía repetir la plana; Justo al final de éste, apareció la llamada revolución tecnológica, trayendo consigo no sólo tecnología innovadora para “hacer la vida más fácil” sino también y muy importante: su pensamiento “facilista”, simplificado, con una larga lista de nuevos códigos ya no conceptos, y por ende su propio lenguaje.

“Bites”, “megabites”, “mouse”, “click”; son palabras que hasta los años ochenta no se usaban o casi no se usaban en ningún sitio del mundo, pero una vez que hizo su presentación en sociedad la tecnología electrónica, se popularizaron como pocas cosas y a una velocidad que precisamente corresponde a su época: “Rapidíííííísimo”, o “fast track” para no desentonar con el segundo elemento que nos heredó esta época, que no es otro que la colonización del inglés como idioma dominante, porque hoy en día quien no sabe inglés es como si le faltara un sentido, un miembro, como si fuera un discapacitado social. Por eso ya hasta los jóvenes árabes lo saben, para poder hacer una declaración ampliamente difundible de su odio hacia occidente justo antes de inmolarse.

Sea como sea, el lenguaje constituye el elemento fundamental de la comunicación humana, es éste el que permite que las diversas culturas se desarrollen, creen nuevas cosas y mantengan vivo a través de él su pasado. Aunque existen innumerables formas del lenguaje: tonos, ritmos, maneras de cortar palabras, de unirlos, etc. todos lo usamos con el fin de describir nuestra realidad, con la única intención de hablar sobre los objetos que ocupan nuestro espacio, sean éstos tangibles o intangibles.

1.3 Los objetos que lo ocupan

Los objetos ¿cómo enumerar los objetos? ¿cómo clasificarlos? ¿para qué? con sus miles de formas, estilos, colores, historias; son tan bastos que a lo más lo que uno consigue hacer es vivirlos. Que es, por cierto, lo mejor que se puede hacer; porque en última instancia para eso fueron hechos, para vivirlos, con la intención de crear mundo, no tanto ya para ser útiles o no, sino para ser, para existir. Los objetos constituyen parte esencial del mundo social desde que éste apareció, sin ellos no habría sido posible la sociedad.

En realidad los objetos forman parte integral del mundo, no solo sirven sino que acompañan, alegran, entristecen, enaltecen y son capaces incluso de mostrarnos la propia cultura, ya que eso son precisamente, cultura callada; formas que si bien no se expresan con palabras como es el caso del lenguaje hablado, no por ello son menos elocuentes. Hablan con sus diseños y materiales y nos dan cuenta, nos platican: su historia, su tiempo, sus sensaciones, sus causas, en fin, su

pensamiento: aquello que dio origen a su creación. Porque “los objetos llevan en sí la certidumbre del grupo y su pensamiento” (Baudrillard, 2004: 15).

Las cosas, los objetos, forman parte indiscutible de las relaciones sociales, pues llevan en sí mismos una gran carga simbólica que les confiere la capacidad de acercar o distanciar sociedades, de crearlas o destruirlas. Porque si algo tienen los objetos es emoción por doquier.

Ejemplo de una sociedad interior y cercana a sí misma es aquella que fue capaz de concebir como objetos suyos a los unicornios y los castillos medievales, que son una muestra clara de la cultura de su tiempo. Construcciones protectoras que les separaban del mundo exterior; de todo aquello que allende sus fronteras, ahí fuera y lejos de lo conocido representaba un peligro. Porque una vez pasando, atravesando esos muros, iniciaba esa otra parte de la realidad que les constituía, iniciaba la imaginación.

En realidad el mundo medieval era en gran medida eso, imágenes, representaciones de objetos que daban sentido a una existencia un tanto vacua dentro de las fronteras de los reinos; donde lo que se conocía, eso sí con claridad, era el extenuante trabajo y la vida simple. Donde los siervos, aparte de tener su propio cuerpo para el trabajo y el alma para servir a Dios, no tenían mucho más. O como lo dice Fossier: “En un mundo en que la mitad de los hombres no comía cuando tenía hambre y la otra mitad, tenía justo lo necesario, ¿cómo no iban a soñar con Cocagne, el país donde todo son pasteles dulces?” (2007: 70-71).

Eso no quiere decir que esa sociedad no contara con una gran variedad de objetos, más bien muestra que los objetos que ese pensamiento creó estaban en un lugar distinto al que ocupan hoy en nuestros días, estaban en la mente, y por ende pululando por el aire de su tiempo.

Y así como los medievales crearon animales míticos y lugares fantásticos mientras morían de hambre, o como bien lo dice nuevamente Baudrillard “es la pobreza la que da lugar a la invención” (2004: 15); otras sociedades de tiempos distintos, crearon objetos acorde a su contexto al tiempo que estas mismas cosas daban forma a la sociedad que las inventaba, porque indiscutiblemente existe una reciprocidad creativa entre los objetos creados y la sociedad que los crea. Es la eterna paradoja sobre qué fue primero: el huevo o la gallina que lo puso, la respuesta más certera quizá sea que en realidad fue primero el pensamiento que los creó.

Sin embargo no debe pensarse que por objetos nos referimos únicamente a las cosas materiales, ya que como fue mencionado anteriormente si de algo están cargados estos objetos es de emoción; esas cosas que no se pueden definir, para las que ni todas las palabras del mundo alcanzan y que sin embargo son harto conocidas por la humanidad entera, sea de la época que sea y del lugar que se quiera. Las emociones son ese algo que siempre aparece en cualquier momento de la vida y nos agarra desprevenidos, que se apodera de quien las siente metiendo al o a la pobre ingrato/a en ellas. O como lo dice Fernández: “Cuando se

deshacen los bordes de las cosas, la gente pasa a formar parte de esa cosa y, en vez de percibir, siente lo que se siente ser esa cosa” (2004: 120).

Si se mira con cuidado se notará que en realidad los objetos tangibles son resultado del movimiento que generan las emociones, ya que etimológicamente emoción quiere decir moverse, y por lo tanto podemos decir que la emoción impulsa al movimiento, a la creación de objetos palpables. Luego entonces, pensar en una cosa ahí nada más, colocada en cualquier rincón, fría, no tiene sentido, necesariamente hay en ella una emoción detrás.

En efecto, los objetos cotidianos no están hechos solamente de materia ni únicamente de emoción, más bien están constituidos de las dos cosas. Como los viajes en microbús, que no se constituyen exclusivamente de tubos, asientos, pasajeros y chofer fumando mientras acelera para ganar pasaje, sino que también se constituyen del humo del cigarro, de la predilección musical del conductor puesta a todo volumen, de las luces neón colocadas a lo largo de la unidad y del hartazgo y cansancio de la gente que ya quiere llegar, formando así una atmósfera completa que le hace sentir a quien se transporta en ella, que va por la ciudad como si se moviera sobre una discoteca ambulante, un antro-móvil. Para ser más concretos: un martillo no es solo un martillo a secas, sino que ya trae consigo su historia, esa que nos hace buscar otra cosa para golpearla en cuanto lo tenemos en nuestro poder, sólo porque esa es la función de dicha herramienta, incluso su estructura con su forma de pesado metal abajo y de madera en el cabo nos invita

a hacerlo, porque el sólo hecho de sostenerlo en la mano nos impulsa a ir contra otra cosa, ya de menos: el suelo para dejarlo.

Al parecer los objetos no solo están hechos de emociones etéreas y materiales concretos, sino que también están organizados de forma tal que contribuyen a que el mundo siga girando, porque mientras unos son aptos para acercar como los lazos, los abrazos, los telescopios o las guitarras, otros coadyuvan a marcar distancia con objetos circunvecinos como es el caso de los psiquiátricos, las discusiones, las presiones, las prisiones o el poder.

Existen también objetos ambivalentes los cuales posibilitan hacer ambas cosas a la vez, con el conveniente agregado de que uno puede elegir si acercarse o separarse de las cosas. Es el caso, por ejemplo, de la música, que puede transportar a alguien hasta el éxtasis de la despersonalización o a la congregación con el resto de los congéneres ahí presentes; otro de los objetos que cuenta con esta gracia son las escafandras, las cuales permiten a quien las porta acercarse mucho más allá de lo que podría hacerlo sin ella al mundo marino y a la vez le separa de aquello que mira; o los adioses, esos objetos que ponen a quien tiene consigo uno de estos en un predicamento, porque se puede meter en el dolor que causa ver partir a alguien o se puede llevar la mirada, el pensamiento y sentimiento de éste detrás de quien se va, dejando únicamente un cuerpo vacío. Un elemento extra de los objetos que pueden cumplir esta doble función es que a partir de ese ir y venir, de ese acercarse pero quedarse lejos, se va generando un movimiento de vaivén que arrulla o convulsiona, por eso cuando uno escucha a

Manu Chao con su canción “me llaman calle”, sin reparo alguno puede llorar, porque existe ese vaivén, está presente el movimiento, es decir, la emoción.

Indiscutiblemente la mejor manera de convivir con el mundo y sus objetos es de forma equitativa, de igual a igual, sean estos muebles, ideas, nostalgias o la señora de las quesadillas, asumiendo nuestro rol interactivo, porque de otra manera se está sirviendo a alguien o a algo, llámese trabajo, amigo, tristeza o de cualquier otra forma. De modo que si lo que se quiere es estar en el mundo, sentirlo, vivirlo y emocionarse, habrá que darle su lugar a las cosas, su tiempo para poder profundizar en y con ellas y no sólo pasar por encima, rozándolas apenas.

1.4 El tiempo que lo profundiza

El espacio así nada más, solito y su alma, sin tiempo, no podría ser. Acaso resultaría un llano árido y seco como cuero de vaca al más puro estilo de Juan Rulfo cuando nos dice que “nos han dado la tierra”; un interminable y soso presente en el que no importaría ningún suceso porque todo sería una repetición *ad infinitum* de lo que ahí hay, es decir, nada. El tiempo marca, es precisamente eso, una marca; convive entre nosotros, entra por nuestros ojos, camina con quien anda y a cada bocanada de aire entra en quien lo respira. No podría ser de otra manera, porque el tiempo es como Dios: total y omnipresente, pues si le quitamos el prefijo “omni” desaparece también el presente. La mejor manera de comprobar esto es mirarse al espejo, sincerarse y ver las arruguitas, arrugas o arrugotas

marcadas en el rostro: los ojos, las comisuras de la boca, la frente y las mejillas; señales inequívocas de que el tiempo está presente en uno, después de lo cual no hay ya mucho que preguntar porque estará ya claro qué es el tiempo para aquel que se mira. Quizá se pueda argumentar que contra eso existen cirujanos plásticos, lo cual es cierto, pero quitar las arrugas con bisturí no significa que los años se vayan en el mismo paquete, igual que limpiar las lozas de la columna del ángel de la independencia después de muchos lustros de no hacerlo no significa que ésta sea nueva, acaso un tanto más atractiva puede ser, pero ni más joven ni más nueva.

Y es que al contrario de lo que la gente piensa, el tiempo no es eso que transcurre, que pasa y se va, no. Es más bien eso que se queda rondando en el espacio cuando la cotidianeidad pasa y se va, como el pálido color de la torre latino, el desgaste de las lozas del zócalo, los hoyos en las suelas de los zapatos con que se caminó hasta allá o como las arrugas. El tiempo es lo que queda cuando ya todo se ha ido, eso que da cuenta de que por ahí ha pasado algo, que lo que se está viendo ha vivido; lo cual es muy distinto a mirar los objetos en el momento mismo de su inauguración, cuando tienen sobre sí muy poquito tiempo, porque en ese caso sólo habría 27,700 m² de cristalería en una torre y miles de lozas en una plaza, pero no “la latino” o el zócalo.

El espacio completo está cubierto de tiempo, de ese aire pululante que matiza los lugares, por eso hay sitios tan distintos unos de otros, porque su carácter depende de la cantidad de tiempo que cada lugar tiene consigo, y por eso mismo mirar la

torre mayor sobre reforma resulta tan diferente de ver la pirámide de Ehecatl, Dios del viento en la cultura azteca, con todo y que esté metida en medio de la red del metro.

El tiempo parece ser el elemento que justamente da ritmo a la vida, esa que se vive con los objetos y se enuncia con muy diversos lenguajes, y para poder platicarla uno debe darse su tiempo sino no sale o sale toda apresurada, hecha bolas, toda enredada como madeja de estambre y por lo tanto no se entiende; por eso a las cosa hay que darles su tiempo, para que tomen su ritmo y, entonces si, uno pueda platicar sobre cómo le fue de viaje, la imposibilidad de titularse o el nacimiento de su primogénito, pero cada cosa a su ritmo para que se entienda, para que se sienta, de modo que quien está escuchando se involucre poco a poco en la platica, se vaya metiendo y cuando menos piense ya esté deseando saber que paso después, como si de veras le interesara. La verdad es que no le interesa en lo más mínimo lo que se está diciendo sino como se está diciendo, porque lo que lo tiene tan involucrado es el ritmo al que se narra; como cuando uno está bailando que no importa la letra de la canción sino su ritmo. Y así, ya una vez entrando en ritmo, quien observa se va perdiendo en el objeto hasta llegar al fondo del mismo y no sólo ver un mesa-banco sobre el que se está escribiendo, sino que también uno empieza a notar los rayones, mismos que le fueron conferidos seguramente por alguien que estaba en otro ritmo (lo que sí es seguro es que no en el de la clase que tomaba), los materiales de que está hecho, la forma que tiene, lo incomodo que es y otro montón de cosas que cuando llegó a sentarse ni siquiera pensaba que estuvieran ahí. De este modo es como se llega al fondo de

un objeto y se ve eso que está atrás de la superficie, aquello que a simple vista no se ve pero que ha estado ahí desde antes de que uno llegara a sentarse.

De esta manera podemos saber que el tiempo es ese elemento que le permite al espacio, gracias al cruce de ambos, tener profundidad; de lo que resulta algo más o menos como un túnel, el túnel del tiempo. Algo así como mirar una escalera de caracol desde arriba, desde donde todo parece claro y conforme se desliza la mirada, entre más abajo avanza, más oscuro se pone³; que es el mismo efecto de la perspectiva en el dibujo, la cual permite a quien lo ve, mirar lo próximo con aparente nitidez y tener la impresión de que se continua hasta un punto infinito.

Justo de esta forma es como se percibe el tiempo en los objetos, llámese puerta, dolor del alma o libro de García Márquez. Al principio todo está aparentemente claro, pero si uno se lo queda mirando detenidamente empieza a pensar cosas como ¿quién lo habrá creado? ¿con qué objetivo? ¿cuánta gente habrá estado ahí antes? En fin, a uno le da por irse metiendo en esas cosas aparentemente nimias que tanto sabor dan a la vida y con ello empieza a recorrer el camino de regreso entre el presente y el origen, algo así como hacer un viaje en sentido contrario a la historia del objeto hasta llegar a su génesis, después de lo cual ya no hay más y entonces sí, se puede empezar el viaje de regreso al presente a través de conocer la historia del objeto.

³ Ejemplos de esto pueden ser algunos cuadros de M.C. Escher en donde a través del efecto de profundidad en el dibujo, hace que la mirada se pierda e indiscutiblemente quien lo observa empieza a pensar en el origen del dibujo.

Resumiendo, el tiempo es aquello que se queda conforme la vida pasa; lo que le da ese matiz de viejo a las cosas y que invita a quien las ve a echarse a andar en sentido contrario por el túnel del tiempo hasta llegar al origen de ese objeto, que desde luego y en primera instancia es sociedad, pensamiento o como se le quiera llamar porque para el caso es exactamente igual y que desde luego es un elemento constitutivo más de eso que llamamos espacio.

1.4.1 Sin historia no hay psique

Si el tiempo es “ese aire” que todo toca, “ese túnel” que nos conduce de regreso al origen si nos lo permitimos; la historia es aquella parte del mundo que nos cuenta como fueron los sucesos que acaecieron desde el nacimiento de algo. Y de esta manera tenemos que la historia no es sino una narración de lo que ocurrió en el camino entre el origen al que nos llevó el tiempo y la actualidad, el presente; o como lo dice Fernández Christlieb: “la historia es un cuento, un relato, una narración” (2004: 140).

Así tenemos que lo que consideramos historia, no es sino el relato de aquello acontecido y su manera de narrarlo. Pero no se piense en la historia como “una narración de acontecimientos sucesivos o una relación de cambios” (Collingwood 2000: 212) al más puro estilo de la historia oficial, llena de “héroes” y momentos “celebres” los cuales el poder se da a la tarea de repetir hasta el cansancio para que de tanto hacerlo empiecen a convertirse en verdad y entonces uno de veras crea en los “héroes que nos dieron patria” y de paso se olvide no sólo de la gente

común, del montón de hijos de vecina que también participaron del suceso, sino incluso del suceso mismo, reduciéndolo a una fecha o un lugar con buenos y malos como protagonistas, como melodrama televisado al más puro estilo “el vuelo del águila”; a la historia no le interesa eso, más bien, en tanto parte constitutiva del espacio, lo que le atañe es lo mismo que aquello de lo que se ocupan el lenguaje y los objetos, a saber, el pensamiento social. Nuevamente Collingwood: a la Historia “en el fondo sólo los pensamientos le preocupan; la expresión exterior de los acontecimientos le interesan solamente en la medida en que le revelan los pensamientos que persigue” (2000: 19); como las iglesias, que son interesantes por el lado que se las vea, arquitectónicamente o como centro de culto a un Dios que nos reseca, porque de ambas maneras están reflejando el pensamiento de la sociedad que las creó.

De hecho cualquier cosa que haya acaecido y se pueda rememorar es historia, quizá quien lea esto pueda decir que es demasiada pretensión afirmar esto, pero no lo es. Si se toma una foto y se observa, uno se acuerda no sólo de aquello que aparece en la imagen sino de mucho más, la foto es sólo el pretexto para hacer memoria, después de lo cual uno empieza a contarse a sí mismo o a quien le acompaña la historia de la foto con pelos y señales, en ese preciso momento se echa a andar la maquinaria narrativa que conforme cuenta la historia la reinventa, historia que desde luego es relatada desde el lugar en que se encuentra quien narra, en el momento en que narra, esto es, desde la actualidad del narrador, por eso las historias siempre son diferentes. Como cuando alguien va al psicoanalista y empieza a hablar de un problema, pero para hacerlo tiene que relatar los

sucesos que rodean el hecho central, o sea, que debe contextualizar el asunto a tratar para que éste sea comprendido por quien escucha, pero principalmente por quien lo habla, porque de otra manera no hay sino un hecho aislado que no dice nada; para que se crea debe crearse primero, para que sepa debe aderezarse con especias de la vida; como por ejemplo, que la madre es una tirana, que se teme a algo porque no se ha superado un trauma desde hace años, en fin, la idea es describir lo más posible el asunto para que el psicoanalista diga al final que uno es un ser castrado y, entonces sí, uno se pueda ir muy contento a seguir la vida, porque ya se ha resignificado a partir de contárnosla a nosotros mismos de una manera más bonita para que duela menos y un montón de etcéteras que le van dando sabor al cuento de la historia de quien habla, y es que finalmente la historia no es otra cosa que conocerse a uno mismo.

Aunque para conocerse a uno mismo no basta únicamente la historia de la propia vida, porque eso equivaldría a un ser humano aislado haciéndola en el mundo sin necesidad de los otros, lo cual no existe. Parte fundamental e inherente de la humanidad es la colectividad en la que está inmerso dicho ser humano y por eso es que el proceso es justamente inverso. Lo verdaderamente importante es conocer el espíritu social en que se habita porque eso es lo que da sentido a la existencia; aquello que permite tener identidad, es decir, ser idéntico a algo, que en este caso equivale a la sociedad en que se existe, y entonces sí, uno puede saber qué es ser mexicano con todo lo que esto implica: desde saberse el himno nacional hasta el significado de la palabra “chambear”; porque es justo ahí, en los objetos y significados sociales donde se encuentra el sentido de la existencia. Por

ello, antes de ir al psicoanalista hay que vivir, experimentar el mundo en todos los sentidos y con todos los sentidos, porque conocerlo es conocerse y entre más se conoce más se empieza a ver con otros ojos el mundo, como quien deja de ver sólo calles y comienza a imaginar canales en el centro de la ciudad, ya que “la peculiaridad que la convierte en historia no es el hecho de ocurrir en el tiempo, sino el hecho de que viene a ser conocida por nosotros porque repensamos el mismo pensamiento que creó la situación que investigamos, camino por el cual llegamos a comprender esa situación” (Collingwood 2000: 213). Conocer el espacio de cualquier época humana equivale a conocer a la gente de ese tiempo y viceversa, ya que el espacio no reproduce a un tipo de Hombre en abstracto sino a uno que corresponde con la lógica de su tiempo (Lezama, 2005). De esta manera conocer el enredado diseño de los callejones medievales o las rectilíneas avenidas de Nueva York nos dice mucho del pensamiento que las diseñó.

Esta manera de concebir la historia como un pensamiento colectivo que crea al espacio al ser capaz de volver a sentirlo mientras lo conoce, es decir, de hacer un reconocimiento social del espacio, guarda una estrecha relación con aquello que hace la psicosociología al estudiar la cultura, ambas son disciplinas interesadas en conocerla y esto las estrecha fuertemente, de forma tal que podemos decir que sin historia no hay psique y viceversa; aunque el interés por la cultura no es exclusivo de éstas dos disciplinas. La literatura, por ejemplo, nos ha regalado entre otras cosas un hermoso libro llamado “La historia interminable”, escrito en 1979 por un alemán de nombre Michael Ende, en el cual narra a través de un magnífico cuento, la carencia de sensibilidad por parte de la humanidad para dejar volar la

imaginación y fantasear. Esto también es un documento histórico, de manera tal que cuando uno lo lee puede dar cuenta de esta triste situación que le tocó vivir al autor, re-vivirla y -Por Ende- sentirla, hacer historia.

CAPÍTULO 2

LA VIDA COTIDIANA DEL ESPACIO

La alegría del alma forma
los días más bellos de la vida
en cualquier época que sea.

Sócrates

El espacio ha transformado su cotidianeidad múltiples ocasiones, cuando esto sucede es porque se ha movido el pensamiento social y como consecuencia el espacio físico que habita se transforma también, es ésta la historia que se pretende contar a continuación.

2.1 La vida cotidiana del espacio

Existen grandes obras como en la arquitectura, grandes momentos como la independencia de un país, grandes exploradores como Alejandro Magno y grandes mitos como el caballo de Troya. Y para guardar tanta grandeza se requiere un Aquiles, algún Hidalgo o ya de menos el ego de Teodoro González de León. Aunque para que todo esto tenga sentido lo que hace falta es la gente, es decir quién sienta y viva todo lo anterior como algo grandioso, luego entonces lo grande no existe sin lo pequeño, lo extraordinario no se da sin la presencia de lo

ordinario que lo vea. Quizá por eso los historiadores franceses Marc Bloch y Lucien Febvre fundan la revista *Annales* en 1929 con la intención, entre otras cosas, de hacer una historia capaz de encargarse de los sucesos y quien los realiza y no de los íconos que los representan, porque como dirían los Annalistas “los hombres sin historia son la historia”. Razón por la cual uno puede pensar que quienes hicieron el conductismo no fueron Pavlov y Skinner sino sus perros salivantes y sus palomas hambrientas.

Animales aparte, si de lo que se trata es de entender la sociedad y su manera de ser será mejor pensar en quién y qué la forman y no en los héroes que a veces la deforman. Quizá por eso Agnes Heller decidió escribir un libro sobre la Sociología de la vida cotidiana, esa que se vive a diario, de manera anónima y constante sin mayor aspiración que la de existir. Y así descubrir entre plazas y casas, entre mujer y hombre, entre individuo y sociedad; que las cubetas, los relojes, las carretas, las palabras, tonos y sentidos de éstas, los cuerpos y sus sensaciones y otro montón de adminículos de uso diario también cuentan como objeto de estudio social ya que son todas estas cosas con las que siente y piensa la sociedad, esto es, son la sensopersepción del intersticio espacial.

Para más señas la vida cotidiana es ese montón de actividades que llevamos a cabo de manera constante las personas, quizá no diario necesariamente, pero sí de forma regular, como ir a la escuela, cocinar, enojarse con el de al lado porque

ya chocó el carro que tantos sacrificios ha costado (y causado), platicar, desear, sonreír, correr tras el pesero, querer u odiar a la gente cercana, próxima, prójima o encoger los hombros cuando no se sabe que hacer; en fin, todo eso que quien lee conoce mejor que quien teclea y que en conjunto da sentido a la existencia. O sea que en pocas palabras, la vida cotidiana no es otra cosa que todo aquello que sucede en la interacción entre personas o entre personas y cosas⁴ cuando éstas están llevando a cabo aquello que su medio les requiere para vivir. Heller lo dice así: “El particular forma su mundo como su ambiente inmediato. La vida cotidiana se desarrolla y se refiere siempre al ambiente inmediato” (2002: 47).

Y si la vida cotidiana se desarrolla y refiere siempre al ambiente inmediato, debemos pensar entonces por un lado que no existe sola una cotidaneidad sino tantas como ambientes en el mundo, y por otro que dicho ambiente está asentado en un espacio específico, lo cual quiere decir que ese espacio determinado sobre el que existe tal o cual ambiente, en tanto espacio, puede ser delimitado. Esto no significa únicamente que se marquen coordenadas geográficas sobre el terreno y se divida para fines prácticos de construcción del hábitat, sino que de igual forma se pueden emplear límites –y de hecho se emplean- para marcar espacios interpersonales, para identificarse o diferenciarse con todo aquello con que se cohabita, con el medio circundante. La cosa es como sigue: un mal olor es por lo

⁴ Agnes Heller tiene la sensibilidad de aclarar en la siguiente frase dos cosas: 1) que las relaciones no se dan únicamente entre seres humanos y 2) que los seres no humanos que participan de la relación también son vivientes e interactuantes; y lo dice así: “Aunque los afectos de que hablamos se derivan indudablemente en primer lugar de los contactos interpersonales y se refieren a éstos, desde siempre se han extendido por analogía también a los seres vivientes no humanos, a los objetos, a las instituciones, etcétera” (Heller, 2002:623).

común algo repulsivo, un día soleado es generalmente agradable, a la tristeza todos le sacan la vuelta salvo los depresivos, una buena cerveza en el soleado medio día del reglón antepasado es altamente deseable, quien comulga con la ideología socialista detesta a la derecha, la gente últimamente se mata trabajando para subir de puesto aunque para lograrlo deba echar mano de una que otra bajeza y, en el frío invierno nadie sale de casa más que lo indispensable, la gente prefiere estar adentro, calentita, rodeada y cerca de los seres que ama. Todo lo anterior es claro ejemplo de la manera como utilizamos coordenadas en la vida cotidiana para llevarla a cabo. Y así, derecha e izquierda, arriba y abajo, cerca o lejos y dentro y fuera más que referencias geográficas son aquello que permite la movilidad social sobre el espacio.

Esta es a grandes rasgos la vida cotidiana y su forma de ser, con sus millones de personas y cosas simples o complejas, alegres, raras, duras, huecas, simpáticas, atractivas, dolorosas, violentas o sutiles, con su necesidad de héroes y mitos y sus masas anónimas dándole sentido y sustancia a la existencia diaria. Porque “En toda sociedad hay una vida cotidiana y todo hombre, sea cual sea su lugar ocupado en la división social del trabajo, tiene una vida cotidiana” (Heller, 2002: 37), y ya que “la vida cotidiana también tiene una historia” (op. cit: 39) vamos a descubrirla.

2.2 Los lugares públicos

El fin del periodo de las glaciaciones trajo consigo el cambio de clima a uno más cálido y una vez que la mayor parte del hielo dejó este mundo hubo más espacio habitable para el ser humano, el nuevo clima sacó al ser humano de sus cuevas y le permitió acercarse a las márgenes de los ríos y lagos iniciando así la era agraria, la agricultura como modo de sustento (Lezama, 2005). La masiva migración del ser humano hacia las zonas hídricas generó como consecuencia las primeras villas, asentamientos donde la gente se organizaba para llevar a cabo el trabajo de manera estructurada para simplificarse la existencia, todo esto mientras instalaba viviendas y desarrollaba la agricultura, es decir, mientras conformaba su nuevo hábitat. De esta forma la estructura social se complejizaba, porque “a la densificación del espacio habitable le corresponde una densificación de las relaciones sociales” (Mumford en Lezama, 2005: 18). Con la fundación de villas agrícolas y su paulatino desarrollo socio- tecnológico empiezan a aparecer las ciudades, como el caso de Jericó construida posiblemente en el cuarto milenio a.C. (Lezama, 2005: 37) lugares estos donde no existía ya únicamente la organización para el trabajo sino también una estructura espiritual que daba como resultado una sociedad más elaborada en sus formas de existencia.

El nacimiento de la ciudad está asociado a la idea de entender todo territorio habitado como ámbito que propicia el intercambio espiritual (Lezama, 2005) y ya que esta incipiente ciudad está constituida mayormente de zonas aisladas y callejuelas estrechas, justamente por su condición de estrechez y aislamiento el

intercambio espiritual -ese que está hecho de lenguaje, objetos, tiempo e historia- no puede darse en toda su magnificencia, porque la ciudad que habita hasta entonces el espíritu está diseñada de forma tal que no propicia el despliegue de su grandeza. Y así, el espíritu social al sentirse sofocado por siglos de confinamiento decide buscar un espacio más apto para llevarse a cabo, un lugar donde se pueda extender a sus anchas y explayarse con tranquilidad, de esta forma es como nace allá por el siglo VII a.C. la plaza pública (González Ochoa, 2004) suceso que le llevó al espíritu espacial miles de años para crearlo, hasta que aparecieron los griegos en el horizonte y la fundaron, dándole por nombre Hestia Koine o ágora.

El ágora o plaza pública en castellano, sirvió desde su fundación como lugar de encuentro para todas aquellas ideas que hasta entonces sólo se compartían en las calles y callejones o en el campo de trabajo, y que si bien se socializaban lo hacían de forma íntima, limitada. Desde la fundación de la plaza pública ésta se llenó de gente que llevaba consigo sus pensamientos, anhelos, dudas, dolores, etc. de modo que la plaza se colmó de vida con la reunión de la diversidad y como resultado la interacción que se sucedía ahí no era igual a la de las casas o las calles, ni la de teatros, mercados, escuelas, etc., este nuevo espacio tenía una forma de ser propia, distinta a las existentes hasta entonces.

Desde su aparición hasta nuestros días los lugares públicos se han transformado de forma significativa aunque sin perder su esencia de lugar mágico que reúne y mezcla como licuadora los pensamientos y sentimientos de las distintas sociedades que han desfilado por el mundo a lo largo de la Historia, constituyendo

así el pensamiento colectivo, y dado que los lugares públicos son el abrevadero de donde nos surtimos y donde descargamos ideas y sentimientos y el sitio en donde a través de nuestras actuaciones dejamos huella para bien, para mal o para lo que sea, es el espacio público el que nos enseña a vivir, el que nos educa, Harré lo dice así: “nos domesticamos a nosotros mismos para vivir en una granja animal” (1982: 32), pero la forma en que se ha ido transformando la manera de domesticarnos, de educarnos y las formas que ha adquirido la granja de la metáfora harreana son diversas. A continuación va un breve repaso de estos cambios.

2.3 La tres concepciones griegas del espacio

En la Grecia antigua podemos ubicar por lo menos tres distintos momentos en la vida de esta cultura, cada uno de ellos con su concepción particular de la sociedad y del espacio, pero a pesar de esas diferencias compartían algo en común, en las tres concepciones hay un punto de referencia fundamental: el centro⁵.

⁵ Una buena explicación de que es el centro es la siguiente: “El centro es un lugar. Todo espacio tiene su centro; es inherente a él: los estadios, las habitaciones los teatros, las casas, los corrillos, las reuniones, las fiestas, el trabajo, desde el momento en que están contenidos en un espacio, tienen ipso facto un centro... y se trata de vidas distintas según dónde esté el centro; no es exactamente un centro geográfico... se trata del centro simbólico, del centro de atención, de atracción, de actividades, de operaciones, de las miradas: ahí donde verdaderamente suceden los acontecimientos, y en torno a donde los demás lugares, los objetos, están dispuestos” (Fernández Christlien, 1994: 319).

2.3.1 El mito

Antes de la existencia de los físicos de Jonia -Tales, Anaxímenes y Anaximandro-, en lo que se denomina Grecia arcaica, el mundo griego era un mito, o por lo menos el pensamiento con que se habitaba cotidianamente era de éste tipo, mítico. Como lo muestra el hecho de que por aquellas fechas se

“concibe el mundo como un disco plano, rodeado por un río circular, llamado Océano, que no tiene origen ni fin puesto que desemboca en sí mismo. Por encima de este disco se eleva el cielo de bronce, que es como si fuera un tazón invertido que descansa sobre el contorno del río. La estabilidad del mundo está garantizada porque tiene raíces; las raíces del mundo brotan de una inmensa jarra de cuello estrecho, en cuyo interior reina el caos, el aire sopla en todas las direcciones y no existe orientación posible. Zeus cerró el cuello de esta jarra para que ese mundo del desorden no saliera de ese lugar” (González Ochoa, 2004: 19-20).

Este mundo mítico está dividido en tres niveles: arriba está el Olimpo, donde viven los dioses inmortales encabezados por Zeus y Rea, el centro lo constituye la casa donde habita la gente, los mortales y dentro de la cual vive Hestia diosa del hogar; finalmente el tercer espacio, el de abajo, es el espacio de la muerte y los dioses subterráneos, el sitio donde habitan “las fuerzas del caos” (Gaarder, 1998: 27) esas a las que Zeus les cerró el paso.

En este primer momento de la antigüedad clásica, Grecia en su faceta más mítica, la casa cumple la función de centro porque es ésta la que a través de estar asentada en la tierra guarda contacto con los dioses del subsuelo y con la muerte, por otra parte, el hecho de estar constituida de cuatro columnas que forman en el techo una abertura permite el vínculo con lo de arriba, haciendo contacto gracias al humo que sale por dicha abertura superior. Es decir, el hogar es el que pone en contacto el nivel medio con el inferior y con el superior, es el centro de esta sociedad.

2.3.2 El ágora

Alrededor del año 700 a.C. gran parte de los mitos griegos fueron plasmados por escrito por Homero y Hesíodo y al tener escritos los mitos se hizo posible discutirlos (Gaarder, 1998: 31). Es justo entonces cuando aparecen los llamados físicos de Jonia, y ya estando en ese plan se ponen a criticar la mitología de Hesíodo aduciendo que “los dioses se parecían mucho a los seres humanos porque eran igual de egoístas y de poco fiar que nosotros. Por primera vez se dijo que quizá los mitos no fueran más que imaginaciones humanas” (ídem).

.

Es a partir de este momento que se comienza a concebir el mundo sin referencias a la religión y al mito, lo que domina entonces es la concepción geométrica del mundo y es por esta época que Anaximandro diseña el primer mapa de la tierra en donde:

“se distingue un rectángulo que encierra las regiones habitadas; fuera de él están las regiones que el frío y el calor extremo hacen inhabitables; el disco está rodeado por el océano. Los cuatro lados del rectángulo son los dominios de los pueblos a los que la tradición atribuye las regiones más distantes: celtas e indios, escitas y etíopes, que se corresponden simétricamente. Sobre esa superficie está inscrito el mundo habitado en una cuadrícula y, a pesar del aparente desorden, las tierras, los mares, los ríos aparecen en el mapa agrupados y distribuidos según relaciones rigurosas de correspondencia y de simetría” (J. P. Vernant en González Ochoa, 2004: 42-43).

Y así, ya geometrizado el mundo, la representación del cosmos deja de estar dominada por dioses buenos y deidades malvadas y la tierra toma en el universo la posición que antes ocupara la casa en la concepción mítica, la tierra se convierte en el centro del universo, quedando “orientado simétricamente en todas sus partes con respecto al centro... todos los puntos de la esfera celeste son de este modo exactamente semejantes en relación al centro” (J. P. Vernan en González Ochoa, 2004: 44). Este cambio en la concepción del espacio en donde no hay ya ningún elemento más privilegiado que otro trajo consigo un cambio en las relaciones de la gente, de modo que para cuando Clístenes aparece en el panorama para gobernar Grecia allá por el siglo VI a.C. decide poner en práctica una serie de medidas con la intención de reorganizar la estructura social de la polis y de esta forma nace la hoy tan famosa ágora griega.

Clístenes retoma los conceptos del nuevo pensamiento cosmológico tales como centralidad, similitud y ausencia de dominación y los reproduce en el nuevo orden social, y el lugar designado para que estas nuevas formas de relación social se lleven a cabo es el ágora. Si la Grecia arcaica tenía su centro en la casa y a Hestia como diosa, la nueva polis tiene como centro de la vida social al ágora y a la comunicación como núcleo. La igualdad social era la base de la convivencia en el ágora, en este lugar todos los ciudadanos eran idénticos en el plano político (demos) y con la misma posibilidad de opinar sobre los distintos asuntos que se discutían, a lo que llamaban isonomía: “al tener acceso a este espacio circular y centrado del ágora, los ciudadanos entran en el marco de un sistema político cuya ley es el equilibrio, la simetría, la reciprocidad” (J. P. Vernant en González Ochoa, 2004: 48).

Parece entonces que el ágora tiene como fundamento el equilibrio de fuerzas y para esto diseña una estructura social que la garantice, de esta manera surgen la boule o consejo formado por quinientos miembros (50 de cada una de las diez regiones en que Clístenes divide a Grecia), encargada de discutir y dar solución a los asuntos públicos que atañen a la sociedad, pero de igual forma aparece la ecclesia o asamblea del pueblo que funge como revisora de las deliberaciones de la boule, de esta forma las decisiones son tomadas por ambas partes, el consejo y el pueblo y no únicamente por una pequeña camarilla de quinientas personas. Todo esto se daba gracias a la aparición de un elemento inherente al ágora: el logos. Si bien el logos era la palabra que servía para llevar a cabo los debates, ésta debía contener en ella la razón para que las discusiones llegaran a buen

puerto, de modo que los griegos de aquel tiempo según parece no hablaban por hablar, sino de forma razonada. Como consecuencia de esto, del debate de las ideas, surgen en ese espacio y ese tiempo los grandes filósofos que hoy día conocemos como “clásicos”, filósofos de distintas orientaciones y abocados a pensar sobre temas que dieron pie a la construcción de lo que hoy día es la ciencia moderna. Por esa plaza pública pasaron personajes muy diversos, desde Sócrates y su cicuta hasta Diógenes quien gustaba de vivir en un barril porque en la vida no necesitaba más que sus palabras para existir ya que lo que importaba en el ágora era la discusión de las ideas.

2.3.3 La proporción

Con Clístenes no hay lugar para pensar que los individuos sean diferentes, de manera que unos estén más capacitados que otros para las distintas funciones, de allí los intentos de hacer desaparecer las diferencias que existen entre las partes de la polis, de unificarlas para que nada las distinga en el terreno político (González Ochoa, 2004). Sin embargo en el siglo V ocurren descubrimientos en el campo de las matemáticas que van a transformar esta noción; Hipaso por ejemplo, descubre a mediados de este siglo la inconmensurabilidad, después Hipócrates – el del juramento médico- publica los primeros elementos de geometría, con ello el espacio totalmente indiferenciado se modifica: “la noción simple de igualdad que aparece en el ideal de isonomía es sustituida por nociones más elaboradas. A la igualdad aritmética se le opone la igualdad geométrica y la armónica” (ibídem: 58), el nuevo es un espacio que no puede ya tener un punto central privilegiado, de

modo que en el gobierno de Hipodamo se pone en práctica un proyecto de ciudad que si bien se rige por la igualdad ésta no es ya la que proponía la homogeneidad independientemente del origen del ciudadano, sino más bien una que sí distingue y que plantea que: “ya que los poderes y las fuerzas presentes en la sociedad son naturalmente desiguales, la medida justa consistirá en hacer concordar esas desigualdades, construir acuerdos entre ellas que aseguren el dominio sin exceso de una parte sobre las demás” (op. cit: 60). En resumen la noción de igualdad cambia, en adelante la noción fundamental que rige la vida social de la ciudad va a ser la de proporción, en donde cada ciudadano esté en el lugar que le corresponde y realice las funciones que le han sido asignadas por el estado.

2.4 La urbe romana

Tal parece que el imperio romano fue grande, esa misma grandeza acabó con él. Fundada en el año 753 a.C. entre siete colinas, Roma era una ciudad sucia y desordenada. Si bien en el siglo cuarto “se escombra” (Fernández Christlieb, 1994: 338), no fue sino hacia el año 170 a.C. que “se comenzó a pavimentar sus calles, se hacen los primeros loteos y se estableció el foro” (Munizaga, 1999: 78), un foro que intenta hacer las veces del ágora griega, pero que “cae en la debilidad de adornarse sin entender que la simpleza y la vaciedad del ágora ateniense era la esencia de la comunicación” (Fernández Christlieb, 1994: 338), o quizá lo entendía, pero lo cierto es que apenas cien años después de pavimentar sus calles el romano era ya un imperio que atraía a grandes cantidades de inmigrantes que aunados a la población endémica sumaban 800,000 habitantes en los tiempos

de Julio César, tal hacinamiento motivó entre otras cosas la construcción de edificios para vivienda que alcanzaron hasta ocho pisos de altura (Munizaga, 1999: 72), y de esa manera no se puede pensar con mucha claridad. Como se puede ver Roma no era sólo un gran imperio sino un imperio saturado, esto como consecuencia de la excesiva centralización de la vida (Ídem: 71). Es posible que esa saturación y la falta de capacidad para aliviar los problemas que generaban más de un millón de personas en el momento de esplendor romano haya llevado al imperio paulatinamente a la debacle, a pesar de que los sistemas de aducción, abastecimiento y distribución del agua, drenajes y baños públicos, se desarrolló extraordinariamente (Munizaga, 1999).

La ciudad romana conservó, como ya se dijo, la idea de ágora a través del foro romano, ese era su centro. También recuperó para sí la traza de ciudad de la tradición hipodámica como lo muestran las ciudades trazadas en forma de cuadrados o rectángulos cruzados por dos vías perpendiculares (Munizaga, 1999), pero esta estructuración similar en mucho a la cultura griega disenta de aquella en algo esencial, ya no tenía la solidez helénica, más bien era bastante desparramada como lo muestra la siguiente aseveración:

“La plaza como centro de la ciudad se debilita, pierde cohesión nuclear, lo cual quiere decir que sus características se riegan por el espacio restante de la ciudad, tanto hacia la punta del gobierno como hacia la punta de la domesticidad, de modo que ambas puntas incorporan virtudes propias de la plaza, y por ello se montan mejor, se enriquecen, al tiempo que se confunden

con la realidad del centro y por ende empiezan a formar parte de una realidad que antes les estaba vedada” (Fernández Christlieb, 1994: 339).

Y a partir de que lo público se inmiscuye en lo privado, de que el centro se mueve de lugar y la gente anda con la cabeza en otro lado, en lo público pero en privado comentando sobre asuntos de orden general, sobre el gobierno, las guerras, etc; es que se va dispersando la atención por ser imperio, de modo que para cuando llegaron los bárbaros germánicos y los mongoles a invadirlos los romanos estaban distraídos en el circo o pensando en conquistar otros territorios para agrandar un imperio que para entonces ya se estaba agotando.

2.5 El mito del oscurantismo

Después de que los barbaros germánicos acabaron con la grandeza del imperio romano de occidente sobrevinieron cinco siglos de anarquía durante los cuales la gente vaga errante por los bosques porque no hay ya ciudad a la que recurrir (Muzinga, 1999). Fue hasta ya entrado el milenio que la ciudad medieval aparece como una organización comunitaria, jerárquica en lo religioso, político y territorial. A partir de entonces “Europa se encuentra salpicada de minúsculos puntos correspondientes a fortalezas, casas, fuertes, ermitas, abadías, monasterios y castillos” (Fernández Christlieb, 1994: 345), todos muy bien amurallados para que no entre lo que está afuera, lo desconocido. Es hasta el siglo xii, por ejemplo, que la sociedad medieval funda además de pequeñas ciudades las primeras universidades (Munizaga, 1999: 93), aunque a decir verdad en esta época el

centro social de esos pequeños espacios, ciudades incipientes, parece estar más bien en las catedrales góticas que tan bonitas le salían al pensamiento medieval. Y fue también por esas fechas, allá por 1215, que la iglesia en un afán de reorganización social decide agrupar las pequeñas iglesias particulares en torno a una curia y dictaminar que cada creyente debía tener sólo una parroquia; y una vez organizada la iglesia no faltó a quien se le ocurriera sacar provecho de ello, de modo que es en esa misma época que aparece el diezmo como contribución al pastor de cada rebaño por ordenes de Hincmaro, arzobispo de Reims (Fossier, 2007: 375).

La ciudad medieval a diferencia de la griega o la romana, no es un gran imperio extenso con su ágora o su foro abierto a la discusión de las ideas, el espacio medieval es más bien un territorio ensimismado, un lugar para guarecerse de las inclemencias de los bosques. El medieval es un lugar que juega con la dicotomía dentro-fuera, es un mundo que intenta protegerse del mundo, como niño desamparado se agazapa sobre sí mismo y de esta manera lo que construye no es ya una forma llana y accesible a todos sino una especie de concha de caracol que mira hacia adentro. Básicamente, la ciudad medieval intenta separarse del campo a toda costa -aunque Fernández Christlieb plantea que no lo logra y que la naturaleza y sus seres se le cuelan por entre las murallas-, para lo cual se sirve de puertas que restringen el acceso, fosos y puentes levadizos, quedando confinada en sí misma, este es el motivo por el que las ciudades crecen hacia adentro, sobre todo si tomamos en cuenta que el tamaño de una ciudad es de un diámetro nunca mayor de 2 km (Lezama, 2005).

Y eso que crece hacia adentro, en las entrañas de la edad media, es la gente que se apretuja en ese pequeño espacio y que obliga a éste a expandirse a toda costa, por eso las ciudades, castillos y villas del medievo tenían dentro de sí el alma retorcida, es decir, un trazo urbano diseñado por los apremios de la cotidianeidad al que bien se le puede llamar laberinto, “Un centro que se ha movido por todas partes” (Fernandez Christlieb, 2004: 180). Y efectivamente, en el Medievo no existe un centro de unión, una comunión centralizada sino muchas, a la ciudad le brotan como tumores casas, plazas, balcones y callejones por doquier.

En este contexto de pasillos y recovecos por donde se va regando la comunicación no es en absoluto sorprendente aunque si ilustrativo descubrir que la edad media es la edad del beso (Fossier, 2007), elemento éste capaz de unir carne y símbolo y que se usaba como muestra de sumisión y devoción en las manos y pies del maestro, como signo de cariño en el niño o sobre la boca del prójimo como señal de unión y paz. Así pues, se va viendo que el del medievo es un mundo de gestos que sirven para expresar el alma, y ya que ahí casi nadie sabe leer o escribir la mejor manera de expresarse es con el cuerpo, como puede notarse en el uso de la mano por ejemplo; la cedida de mano como signo de entrega de una hija al novio por parte del padre viene de entonces, el juramento con la mano derecha alzada, el saludo militar o el beso en la mano como reverencia hacia las féminas también son herencia de esta época (op. cit: 66-67).

Es notorio entonces que el mote de edad del oscurantismo es bastante oscuro para algo tan ingenioso y creativo como la edad media, una época a la que ni siquiera le importaba contar los días ni los meses porque de lo que se trataba era de vivir (op. cit: 69), si acaso se detenían a recordar y festejar algún santo patrono, el resto del año era para esa gente absolutamente indistinto. Como indistinta era su forma de medir el tiempo, para lo cual usaban relojes de sol con el agregado inconveniente de la nubosidad, lo cual resolvieron bellísimamente con la utilización de las clepsidras o relojes de agua (Fossier, 2007: 69; Fernández Christlieb, 2004: 158), que si bien traían consigo la maravillosa inconveniencia de que en invierno se congelaban eso no tenía la menor importancia, de todos modos los acuerdos horarios dependían de las costumbres de cada lugar por lo que difícilmente coincidían (Fossier, 2007: 69).

La sociedad medieval es una sociedad dual que como ya se dijo utiliza la dicotomía dentro-fuera, pero igualmente la referente al día y la noche. Y es que si el tiempo del día a día se mide con el sol que marca el inicio de la jornada y los horarios para las ceremonias religiosas, esto sólo sirve para determinar la convivencia al interior de los castillos y fortalezas porque afuera, allende las fronteras de la ciudad, el territorio del bosque es el reino de la noche, lo extraño y lo oscuro en donde viven los fugitivos y proscritos, marginados identificados como secuaces de brujos y demonios, todos ellos seres que no pertenecía al derecho común, a la gente. Los eremitas que proporcionan consuelo y remedio a los desconsolados del alma y cuerpo también vivían ahí fuera junto con los caballeros andantes en busca de aventuras y hazañas fantásticas con que cubrirse de gloria

y los hombres lobo. Para la sociedad medieval no hay medios que valgan, se está adentro o se está afuera, se es gente o marginado, se está con Dios o con el diablo lo cual hace de esta cultura una sociedad puramente pasional, ya que:

“...el dos es el número de las pasiones... sin mediaciones simbólicas ni intermediarios, o sea, incivilizada... es decir, sin regla que rija, y por ello pueden abandonarse a la atracción total, sin tener que darse razones. (Fernández Christlieb 2004: 187)”.

Y justamente por esto podemos decir que la medieval no es una sociedad oscura sino más bien pasional, que a los renacentistas les asuste ya no es problema del medievo.

2.6 El luminoso renacimiento

Si el dos es el número de las pasiones el tres es el de la civilidad, el de la durabilidad, el instrumento contra la disolución (Fernández Christlieb, 2004: 188) y por eso Dios, listo que era, se constituyó en trinidad para poder permanecer, aunque de igual forma el tres es el primer número para el que el término “*todo*” puede aplicarse según Aristóteles (Ferrer, 2005: 13-14), lo cual explica el por qué esa trinidad constituye a su vez un sólo Dios, y como resultado tenemos que Dios puede ser durable e indisoluble pero no cívico, por lo cual este derecho se lo abroga para sí la sociedad.

En efecto, aquello que renace en el renacimiento se llama sociedad civil (Fernandez Christlieb, 2004), una sociedad en donde ya no sólo de Dios y rey vive el hombre sino que se civiliza, es decir, crea un individuo que la mire. Esta nueva concepción del espacio tiene un claro punto de partida y se llama “punto de fuga”, y fue Masaccio, un pintor nacido en 1401, quien en 1425 hace el primer dibujo en perspectiva sobre las paredes de la iglesia de Santa María Novella en Florencia y casualmente el fresco que pinta lleva por título “la trinidad” (Giedion, 1982: 35) con lo cual inaugura una nueva visión de la realidad, ya que la perspectiva tiene por particularidad hacer que diversas líneas converjan en un punto determinado, el punto de fuga, y con ello crear la percepción de algo que va más allá o que viene de éste. Cuando la cultura descubrió para sí la perspectiva descubrió con ella también la posibilidad de controlar lo que hasta entonces le había sido negado por los misteriosos bosques medievales, la posibilidad de decidir plenamente sobre su espacio, es decir, a partir de entonces ese nuevo ente civil es el encargado de diseñar la vida humana relegando a así a Dios a sus iglesias.

Efectivamente, el descubrimiento de la perspectiva es a su vez la obtención de la certeza de que el hombre puede por sí y desde sí mismo explicarse el mundo a través de geometrizarlo, como lo muestra el hecho de que para finales de siglo ya había quien se atrevía a proponer que la tierra no era el centro del universo sino uno más de los planetas que giraban dócilmente alrededor del sol en una órbita muy bien determinada a lo que se le llama teoría heliocéntrica o revolución copernicana en honor a su creador Nicola Copérnico, pero no sólo eso sino que hubo un hombre de nombre Giordano Bruno que propuso la infinitud del espacio y

el universo y que por cierto le costó la vida, la cual pago en un lugar bellamente llamado “campo dei fiori” o campo de las flores allá por 1600, y para acabar de argumentar la idea de la matematización del pensamiento renacentista no está de más anotar que al célebre Galileo, aquel que sí se salvo de la hoguera que Bruno no, tiene entre otras cosas el título de inventor del telescopio, aparato éste que coadyuvó a mirar el universo. Todos estos hombres desde Masaccio hasta Galileo tienen en común una cosa, la misma que fluía por la época, y es que ninguno de ellos tenía un conocimiento especializado en nada, más bien eran hombres instruidos en diversas áreas de conocimiento desde la milicia hasta la física pasando por la religión, la matemática, la jurisprudencia, la diplomacia, la filosofía y la poesía de Giordano Bruno; Giedion platica que “tal unión de talentos se dio en casi todos los grandes artistas del renacimiento... y esta tradición de que el hombre de ciencia y el artista creador estén involucrados en la misma persona persiste a través de los siglos xvii y xviii” (Giedion, 1982: 34). Como puede verse el espacio renacentista es hartó racional y a medida que va ganado razón va perdiendo la esencia mítica con la que concebía la realidad la sociedad medieval y por eso para el siglo xvii Newton ya de plano le encuentra la gravedad a la tierra.

Tres son los inventos que caracterizan la forma de ser del renacimiento: La brújula, el uso militar de la pólvora y la imprenta (Ferrer, 2005: 245; Lezama, 2005: 95), éstos permiten que el mundo se expanda ya que con ellos los mares dejan de ser lugares peligrosos llenos de sirenas que embelesan con su canto y se posibilita por ejemplo atravesarlos para descubrir y colonizar América, de igual forma la imprenta termina por expandir el pensamiento mediante la

democratización del conocimiento a través de los libros, ahora ya nada más falta que la gente aprenda a leer, claro. Como sea, lo cierto es que el mundo de estos siglos post medievales es más humano que celestial y en tanto tal se preocupa por cosas terrenales tales como “un régimen urbano que busca racionalizar sus estructuras” (Lezama, 2005: 100), lo cual se hace evidente en la alineación de las calles y edificaciones; un ejemplo clarísimo de esto es la plaza italiana del renacimiento la cual está rodeada por la iglesia, el palacio del soberano y el teatro y que “restituye la escultura olvidada en la edad media” (op. cit: 101). Para el mismo Lezama la ciudad del renacimiento no es ya la ciudad feudal de antaño, pero tampoco es una ciudad industrial es más bien una sociedad mercantil, lo que permite entre otras cosas el nacimiento de la burguesía, y de los estados nación y como parte inherente del comercio ya para el siglo xvii se construyen grandes avenidas en donde se ubican los comercios.

2.7 Dominando la técnica

Pero el siglo xvii no sólo inventa los policías para que se encarguen de la circulación en las calles y los primeros parques públicos, también descubre la mecanización y, por ejemplo, para esta época se inventa la banqueta o acera con el fin de separar al peatón de los vehículos, con lo cual se empiezan a perder formas sociales tales como leer mientras se camina (Giedion, 1982), desde ahora la gente tendrá que fijarse por dónde anda. Parece ser que la ciencia positiva y su método de observación y experimentación tuvo bastante que ver con este cambio, y es que todo indica que aparte de capillas, frescos, plazas públicas y muebles de

feo estilo Luis xvi lo que justo nos heredó el renacimiento es esto: un pensamiento ya mecanizado, frío, de donde se desprende sin problema la idea de transformar el mundo en algo práctico, útil y que como consecuencia trae consigo la revolución industrial allá por los finales del siglo xviii; que no es otra cosa que la sustitución del trabajo manual por el mecánico en aras de mayor producción, es decir, la escisión de creador y creación en donde lo que importa es el objeto por sí mismo. Y entonces sí, a partir de ahora la sociedad ya se puede considerar industrial. Si bien como lo dice Giedion “la mecanización toma el mando”, ésta trae consigo ciertas ventajas como la posibilidad de mejorar la fundición del hierro a partir de la utilización de la hulla (Lezama, 2005), lo cual permitió construir por ejemplo, rieles para los trenes que aparecieron allá por la segunda década del siglo xix (op. cit: 104), o los enormes y bellos puentes de acero que construyo a mediados de este mismo siglo el ingeniero Gustav Eiffel justo antes de edificar su famosa torre de 304.80 metros allá por 1889 (Giedion, 1982: 289) y con la que sin mucho proponérselo rubricó el siglo xx parisino y del mundo todo.

Este cambio del trabajo manual al industrializado llevado a cabo por máquinas de vapor pronto se vio mejorado aún más con la inclusión de la electricidad, con lo cual se potenció la producción y esto trajo como consecuencia la concentración de la vida en las urbes, es decir, se generó incremento demográfico y con esto hacinamiento y pobreza. La nueva sociedad industrial no tenía otro interés que la producción y la ganancia, la gente entonces es un adminículo más de su sistema de libre mercado y aparece entonces un cambio sustancial en la organización social, si antes la gente que vivía en el campo tenía tiempo de ver crecer a los

hijos mientras el hombre trabaja la tierra la mujer los educaba, ahora trasportados a la ciudad, confinados en barrios sucios de hollín de los chacuacos y amontonados entre las vías de tren de carga y las grandes fábricas (Mumford, 1979: 39) no hay otra solución que trabajar todos para comer y con esto se rompe el orden familiar. O sea que “la ciudad industrial, sobre todo la que crece en la primera parte del siglo xix, se convierte en un territorio hostil para la vida humana” (Lezama, 2005: 110) lo que llevo a los parisinos adinerados a construir lo que se denominó “la ciudad jardín” a las afueras de París, con la intención de alejarse de tal caos y emprender una vida más llevadera.

No fue sino hasta mediados del siglo xix que en ese mismo París, el barón Jorge-Eugenio Haussmann contratado por Napoleón III como prefecto del Sena, propone y realiza un plan de modernización de toda la ciudad con la intención de que “esta capital fuese la primera de las grandes ciudades que se pusieran a tono con la época industrial” (Giedion, 1982: 682) para lo cual diseña un ambicioso proyecto con cuatro puntos rectores que desarrolla entre 1853 y 1869 y en el que gasta dos billones y medio de francos. Los ejes del plan son:

1º Aislar los grandes edificios, palacios y cuarteles, de manera que resulten más agradables a la vista y que permitan un acceso más fácil en los días de celebración, y simplificarán la defensa en los momentos de revuelta”;

2º “Mejoramiento del estado de salud de la ciudad por medio de la destrucción sistemática de callejones infectos y otros focos de epidemia”;

3º “Asegurar la paz pública por medio de amplios boulevares, que no sólo permitieran la circulación del aire y la luz sino que también el fácil acceso y movimiento de tropas” y

4º “Facilitar la circulación de ida y de regreso a las estaciones ferroviarias por medio de las líneas de penetración que condujeran directamente a los centros comerciales y de distribución, y que evitaran retrasos, congestiones en la circulación y accidentes” (op. cit: 684).

Como puede verse claramente en estos principios de rediseño urbano, aparte de la intención de embellecer los edificios plasmada en el punto uno y del anhelo de mejorar la salud pública del punto dos, todo lo demás consiste en entrada y salida de trenes y tropas, es decir, lo que se pondera fuertemente a partir de entonces y parece ser que hasta el siglo que vivimos no es la gente sino el dinero, y Mumford lo dice bellamente: “el capitalismo llevo a la gente de lo tangible a lo intangible: su símbolo es el libro de contabilidad” (1979: 39).

CAPÍTULO 3

SUPERFICIE ESPACIAL

...y hay que quemar el cielo

si es preciso, por vivir...

Silvio Rodríguez

3.1 La macrosimulación de nuestra época

Papalote es la manera en que los mexicanos llamamos a esas aves de papel que construimos para que se las lleve el viento, quien no se detiene un momento a pensar jamás sabrá por qué y quizá hasta termine llamándolo cometa. Paul Virilio dice “la distancia es el silencio del trayecto, de todos los trayectos” (2006: 124). Acaso será porque mientras se viaja uno se da tiempo de pensar en lo que no tiene importancia, en aquello que no sirve, en lo que a uno le regocija el alma; como pensar en por qué mientras el mundo llama cometas a los papalotes nosotros les decimos papalotes y descubrir así, sin más, que quizá tenga que ver con nuestro antepasado prehispánico y sus lenguas, el caso particular del náhuatl y su manera de llamarle a las mariposas: “papalotl”; después de saber esto uno entiende que nuestra forma de llamar a esas aves de papel no solo es hermosa sino también única y con historia. Para eso sirve la distancia, para soñar.

La rutina es la reina del mundo, está presente en todos lados y casi en todas las personas, cada quien se inventa la suya como mejor le place y luego se somete a

ésta como si en ello le fuera la vida. Rutina es el nombre de los ejercicios que realizan las gimnastas, lo que las señoras de su casa llevan a cabo a lo largo del día y lo que un vendedor de quesos hace una y otra vez en su tienda, es el ritmo de la vida. La rutina es aquello que marca la ruta a seguir, por eso es importante trazarla con cuidado, de forma que nos guste: ponerle las distancias que se quiera, con las curvas necesarias y las complicaciones predilectas para que mientras se recorre esa rutina, esa ruta del día a día, se vaya disfrutando de ella, de los sueños que nos engendra y de la vida toda.

Si la rutina es la ruta del día a día, el ritmo es el estilo de andarla, el tiempo que se invierte en ella, la velocidad a la que se la recorre. Uno puede pensar, por ejemplo, en los repartidores de mediados del siglo xx que con sus bicicletas recorrían las calles de las ciudades para llevar el pan, la leche o las anheladas cartas de un ser querido; quien las llevaba debía realizar esfuerzo físico para recorrer su trayecto y al llegar quizá se diera tiempo para intercambiar una sonrisa con el destinatario de su entrega, aquel era un mundo horizontalmente más extenso, capaz de crear rutas más amables para hacer viajes y como consecuencia con capacidad de darse tiempo para perderlo, porque los trayectos no eran necesariamente hechos para llegar lo antes posible, sino para llegar. Claro que esas sociedades de décadas pasadas podían darse ese gusto a causa de un factor fundamental: tenían espacio suficiente para hacerlo, las calles eran suficientemente anchas y los autos suficientemente pocos de modo que en ese espacio público cabía todo y cabía bien; el espacio estaba diseñado para recorrerse a una velocidad amable,

permitiendo la incertidumbre de la espera, manteniendo la belleza y la posibilidad que sólo permite el trayecto.

A diferencia de aquellas épocas, la velocidad a la que cabalga el siglo xxi es más o menos de 380 caballos de fuerza, como de mustang, pero no de pradera americana sino de agencia de Ford Motor Company, es decir, que en los últimos 50 años la sociedad se revolucionó tanto como el carro, pasó poco a poco de ser un espacio en donde se podía pensar en los papalotes mientras se viajaba, a uno en donde ya ni siquiera se conoce bien a bien el español, ya no se diga el náhuatl.

En realidad es justo ésta, la velocidad, el elemento central de la cultura citadina de nuestro siglo, aquel que mueve todo de manera vertiginosa sin dar mucho chance a pensar siquiera por qué se hace lo que se hace, dejando como única opción el hacerlo, de forma tal que los actos ya no son medios, todos son fines, el trayecto de las cosas desapareció de la vida cotidiana. De esta forma, la cultura actual tiene un ritmo de vida aceleradísimo, de esos que ya no se disfrutan, que de tan rápido cansa en vez de divertir. Todo esto porque sin darse cuenta la cultura fue lentamente transformando sus espacios, vaciando sus plazas y sus calles de gente para llenarlas poco a poco de movimiento, como lo dice Sennett, “en la ciudad, la calle adquiere una función particular, la de permitir el movimiento; si ella regula demasiado el movimiento, con semáforos, calles de una sola dirección, etcétera, los transeúntes se vuelven nerviosos o violentos” (1978: 24). En este

siglo el automóvil es el amo y señor de la calle y las grandes avenidas no son ya más lugares para recorrer en una buena caminata mientras se piensa en la inmortalidad del cangrejo, más bien, son tan sólo el vehículo para transportarse a la meca del siglo xxi: los centros comerciales o el trabajo.

La comodidad es la nueva panacea social y precisamente so pretexto de ésta la sociedad y el espacio se fueron estrechando de forma lenta, casi invisible pero constante y contundente. En aras de tan ansiado objetivo se crearon innumerable cantidad de objetos que al fin resultan más inútiles que cómodos, se fueron cancelando relaciones y mermando la diversidad de los lugares; es así que mientras el mundo grita a los cuatro vientos el gran logro que representan sus avances, ese mismo mundo queda estático, atrapado en su propia trampa de la comodidad.

“Macro”, “mega”, “hiper”, parecen ser algunas de las palabras que más le gustan a la gente en este nuevo siglo: la macroplaza de Monterrey como ejemplo del desarrollo económico de aquella ciudad, megacomerciales a lo largo y ancho del país, hiperlumen como el lugar perfecto para encontrarlo “todo”. El siglo xxi se ha magnificado para que quien lo habita no tenga que “molestarse” en buscar lo que necesita, la cultura contemporánea se ha encargado de reunirlo todo en un solo lugar en aras de facilitar la existencia. De esta manera ya no hay que ir muy lejos ni a varios lugares para conseguir lo que se requiere, la globalización ya se ha

encargado de acercárnoslo todo con sus grandes almacenes publicitados en anuncios “espectaculares” y con sus “grandes ofertas”.

Esta cultura actual está jugando un juego peligroso, como con un arma de doble filo que de no tener cuidado lastima; mientras anuncia el fin de las “molestias” a través de la unión de todos los productos “necesarios” para la vida reuniéndolos en un solo lugar, mientras traza caminos en algunos casos exclusivos para llegar al centro comercial⁶, en tanto se esfuerza desaforadamente por hacernos creer que todo esto es para el bienestar colectivo a través de eliminar la fatiga, en realidad está haciendo algo muy distinto, está constituyendo un mundo diametralmente opuesto, está destruyendo la cultura y banalizando el sentido de la existencia producto de sus prisas y hacinamiento que ya no dejan mucho margen a los ritmos amables ni a la creatividad; como todo está mano el cerebro ya no camina.

La simulación consiste precisamente en aparentar que no hay fatiga cuando en realidad es de lo que más adolece la sociedad actual. Vivimos en una sociedad fatigada, porque que si bien es cierto que existen cada vez más automóviles y megacarreteras para moverse por el espacio público cómodamente, éste es un

⁶ En la ciudad de Querétaro, capital del estado del mismo nombre, se construyó un paso a desnivel con el único objetivo de que la gente arribe al nuevo centro comercial, su punto de llegada y de partida es el estacionamiento de dicho inmueble, un gran puente con un enorme desnivel sólo para llegar a un sitio en donde en 1994 no había sino una plaza de toros eventualmente usada para alguna corrida o algún concierto y rodeada de una enorme extensión de terreno polvoriento.

espacio muerto como dice Richard Sennett. Las calles se han transformado en espacios de paso y no de estancia, los parques públicos están cada vez más vacíos igual que la gente que pasa junto a ellos sin notarlos; la fatiga social está por doquier, en las casas, las escuelas, los trabajos, las calles y ante todo, es decir, antes que todo lo anterior, está en el pensamiento de las personas.

El agotamiento físico es bárbaro, cierto, pero el desgaste emocional es mucho mayor como consecuencia de que todo ese macroespacio del que presume la postmodernidad está restringido a espacios sumamente pequeños y saturados de todo, -como reserva india, curiosamente también norteamericana como el mustang de arriba- desde los almacenes encargados de ofrecer cualquier cantidad de mercancías para la vida diaria, como calzado para toda la familia, la carne que se usará para la comida o una función de cine para entretener a los niños porque ya no se les aguanta, hasta microprocesadores con capacidad para contener un mundo de información en el cual se puede encontrar cualquier cosa sin separar la vista del monitor, pasando por home deppot en donde se puede conseguir “todo para la construcción” o universidades en donde se encuentra “todo para triunfar en la vida”. Si en la sociedad del siglo xx todo cabía en un “bochito” sabiéndolo acomodar, en la del siglo xxi todo cabe en un “chipsito” sabiéndolo programar, o como lo dice Verdú: “El capitalismo de ficción borra las distancias doblemente: a través del efecto del tiempo instantáneo y por abolición de los espacios distintos” (2003: 24).

3.2 La interacción polarizada

Las torres gemelas de Nueva York son el mejor ejemplo del pensamiento contemporáneo, capaces como fueron de contener en una restringidísima área cientos de oficinas de grandes empresas que controlan el mundo y efímeras como los sueños: un día están ahí y al siguiente ya no. Pero sobre todo, su recuerdo reúne algunas de las condiciones básicas del siglo xxi, a saber: poder, violencia y desazón.

El ritmo de vida es hoy asfixiante lo dice todo el mundo, los patrones de conducta están tan claramente delimitados que ya casi nadie se cuestiona nada sobre ellos. Existen actividades claramente definidas para cada edad en la vida y aunque en el fondo la razón de ser de todas esas cosas que hay por hacer es el control social, a casi nadie le importa ya, no hay tiempo para reflexionar sobre eso y por lo tanto quien se empeña en esos menesteres es tachado de ocioso, con connotación peyorativa como modo de castigo social. Salirse del redil está penado no ya por quien ostenta el poder, sino por aquellos que son sometidos por éste. El sistema político-económico ha diseñado de forma tal el mundo actual que ya ni siquiera tiene que ser hostil abiertamente, la gente misma lo es por él.

Alejada de cualquier resistencia ideológico-política la sociedad contemporánea navega tranquila en la suavidad de la simulación, las tarjetas de crédito se han encargado ya de borrar las diferencias de clase que antaño tantas revueltas

causaron, el internet se ha ocupado de acercar los distantes lugares antes inaccesibles, la televisión se encarga de entretener a millones de espectadores y contribuye a la evasión de la realidad concreta, bienvenidos a la “sociedad bipolar”.

Maniáticos o depresivos parecen ser las opciones que nos ofrece esta actualidad, pero casi nunca libres para elegir. La lógica de este tiempo es eso, la bipolaridad, es una época maniaco-depresiva sin puntos intermedios. Si “el espacio conforma las conductas humanas en la medida que origina una forma específica del ser social” (Lezama, 2005: 37), tenemos entonces claramente al ser humano de nuestro tiempo: bipolar igual que su espacio de residencia. Una vez que el espacio se fue encerrando en grandes contenedores de todo lo existente y que el gran espacio restante en su mayoría paso a ser espacio muerto, una vez que las distancias y el tiempo se redujeron de manera espectacular de modo que todo aquello que se desee tener o conocer se puede obtener con el poder de un “click”, es decir, una vez que el mundo ha sido despojado en gran parte del trayecto que le daba duración y con ello un ritmo humano, lo que queda son dos cosas: la inmovilidad o el vértigo.

La velocidad actual, el ritmo contemporáneo, no dan tiempo a pensar sólo a sentir, la razón de esta sociedad se extravió y como consecuencia somos una sociedad puramente sensitiva y por ende desequilibrada. Buena muestra de que nos encanta sentir son los vértigos a los que nos sometemos constantemente, aviones

supersónicos, drogas cada vez más fuertes e intensas, bongie en vez de rueda de la fortuna, arrancones sobre autos de 500 caballos de potencia, trabajo, trabajo y más trabajo; esta sociedad es tan intensa que hasta se dio a la tarea de inventar el vih-sida como enfermedad representativa de su tiempo. Al respecto Sigfrido Giedion, un arquitecto al que le gustaba mirar hacia atrás antes que hacia delante, dice que el grado de identidad que alcanzan el pensar y el sentir determina el equilibrio de una época, cuando éstos difieren demasiado no existe posibilidad de una cultura ni de una tradición, y parece ser que a la sociedad contemporánea se le olvidó la razón en otra parte, porque si bien argumentamos ser racionales lo cierto es que nos pasamos la vida actuando con la sensación a flor de piel, somos una sociedad desequilibrada. La tradición de la que Giedion habla no se ve casi por ningún lado, lo único que se ve, eso sí masivamente, es producción y consumo, la dinámica irracional del mercado pululando por el mundo. Para esta época la cultura ya no es aquello que se digiere lentamente, ese algo profundo de las cosas que le hace perdurar, sino cualquier grupito popero, espontáneo y efímero al que llamamos alegremente cultura juvenil.

Inmóviles ante el fulminante ataque de los mass-media o desequilibrados por la velocidad que nos arrastra, la gente de este siglo vivimos todo el tiempo a la carrera, corriendo para conseguir el ideal social o pasmados ante tan vertiginosa exigencia, en este mundo actual, se es un triunfador o un don nadie, es este el mundo posmoderno en donde todo se vale con tal de llegar. La instantaneidad de los deseos es la marca distintiva de la época, quizá por eso dicen los que saben

que es esta una sociedad deprimida y ponen como muestra de ello el exceso de nintendo en los pequeños y ya no tanto, el abuso de sustancias intoxicantes para los más grandecitos que cada vez empiezan más chiquitos o la compulsión a las compras para aquellos que ya son todos unos exitosos. Lo cierto es que este mundo está lleno de todo y vacío de sentido, en algún momento a la sociedad se le olvido que el sentido de la existencia es estar para ser y no para tener, en algún punto confundió existencia con producción, quizá allá por el siglo xviii, matándole así el espíritu a las cosas y como resultado los significados profundos de éstas se perdieron para pasar a ser únicamente objetos, mercancías separadas de quien las hace.

Sí, esta sociedad está enferma de cáncer, sus células se reproducen patológicamente generando mercancías cada vez en mayor número y más rápidamente en una competencia sin sentido cuya meta es la vana acumulación. El aquí y el ahora son la panacea actual, un mundo muy al estilo de la terapia Gestalt, la historia es algo inexistente o inservible como no sea para formar paquetes turísticos que embarren a quien los compra de información superficial que se olvidará al siguiente día, pero qué más da, ya se puede decir que se conoce tal o cual sitio que es lo que importa, mientras el futuro, ese que aún no ha llegado, ni siquiera se toma en cuenta porque para qué esperar aquello que no es sino incertidumbre.

La característica más clara del presente es la masificación de los objetos a grado tal que el espacio ha quedado saturado de ellos, no hay espacio para una cosa más y es aquí donde encontramos otra macrosimulación de nuestra era, otra más de sus polarizaciones, porque en tanto más saturado de objetos más vacío. De nuevo Virilio: “nada es más vasto que las cosas vacías” (2006: 133); y si algo hay en este siglo xxi es eso, vacío. Vacío de sentido, de ritmo, de alegría, de ideas, de ganas, de entusiasmo, vacío de vida. Su lugar lo ha ocupado, copado el mercado. Pasamos de un mundo en donde se compraba por necesidad para vivir a uno en el cual se necesita comprar para existir.

La gran desgracia de esta sociedad contemporánea es tenerlo todo y por tanto no tener nada, ya todo lo han pensado por ella las sociedades anteriores y esta actualidad acaso se dedica a repetir el pasado en una mezcolanza confusa y sin mucho sentido más que la sensación de pertenecer a algo aquí y ahora, la actualidad carece de deseo propio y por ende de autenticidad, el tiempo de la desazón ha llegado y con él la desesperanza y la violencia.

El siglo xxi y su pensamiento no están especialmente interesados en producir cultura o conocimiento del mundo, más bien diríamos que se inclina más por la apariencia y las cosas superficiales, lo de encimita, la cáscara es aquello que más gusta a los vigésimo primerizos. Apariencia, ficción a toda costa es la realidad de este tiempo, en esta era lo real ya no se mide en tangible, asible y comprobable, más bien basta con que sea sensible y creíble; somos lo que Guy Debord

denomina la “sociedad del espectáculo”, y vivimos en aquello que Lipovetsky (2006) llama “tiempos hipermodernos”, somos gobernados por el “capitalismo de ficción” del que da cuenta Verdú y habitamos un espacio social en donde la violencia no es sino parte de esa estética cotidiana que nos abraza cada vez más fuerte y más cerca según Pablo Fernández.

En esta sociedad del espectáculo de lo que se trata es de mantener nuestra atención cooptada todo el tiempo, de hacer que nuestras cabezas sólo piensen en producción-consumo-entretenimiento-producción *ad infinitum*, de no dar espacio a distracciones profundas porque de lo contrario podría surgir alguna falla en el sistema y hasta una idea distinta a las de las leyes del mercado, y para evitar eso la violencia está presente en nuestras vidas casi a cada momento y casi en todo lugar distrayendo y aterrorizando. La violencia, esa atracción involuntaria y abrupta que nos sorprende a diario y para llamar nuestra atención debe ser cada vez más directa ya que de tanto convivir con ella nuestros umbrales se han elevado al cielo.

Cercana a la inauguración de este siglo se estrenó la guerra contra el terrorismo, que no es otra cosa que la inversión de la realidad en donde so pretexto de cualquier cosa la democracia occidental instaurada en ángel salvador se lanza a la guerra, guerras en las que tristemente ya no mueren mayoritariamente los soldados de uno u otro bando como antaño sino la población civil, el método es como sigue: primero se busca un enemigo ficticio y luego se le echa encima toda

la cargada armamentística posible a la sociedad a la que pertenece dicho enemigo, a la que hay que liberar, como mensaje a las demás sociedades de que lo que se debe hacer es seguir viendo los simpson y comprando general motors cada año, así paso en Afganistán, Irak o en México con su paladín de la justicia, con su presidente, que cada año pide aumento al presupuesto de seguridad porque “esta guerra contra la delincuencia organizada la vamos a ganar”, sin considerar siquiera que tiro a tiro la vamos perdiendo, porque lo que se necesita son ganas de crear cultura y no de destruir culturas. Y por si alguien piensa que se exagera con la afirmación anterior, basta con leer los diarios o salir a la calle y sentir el comportamiento irritable de la gente citadina que ya no sabe qué hacer con tanto miedo, los terroristas son quienes hacen la guerra al terrorismo, el poder político-económico que se esconde tras los cristales de espejo con los que construyen sus palacios y desde donde siempre vigilan que la maquina enajenante funcione. Una buena manera de contrarrestar todo eso es ignorándolos, porque poner mil candados en casa a quien deja encerrado es a quien está adentro, uno mismo.

Quizá la última novedad de nuestro siglo es el entretenimiento a ultranza, la “diversión a morir” (Verdú, 2003: 48), el entretenimiento es la pieza que faltaba para cerrar la pinza y que las canicas queden en manos de los dueños del dinero. Una sociedad triste no le sirve a nadie, por eso hay que aterrorizarla y luego ofrecerle videojuegos, parques de diversión, carros lindos, burdeles de todo tipo y para cualquier presupuesto -y si no hay que preguntarle al ex gobernador de New

York Eliot Spitzer-, películas, música, computadoras con internet o centros comerciales. El e-factor está presente en todo momento y en todo lugar hoy en día, es el espíritu santo del siglo xxi como lo muestran las librerías a las que les ha dado por incluir cafetería para que quien las visita macere mejor los pensamientos mientras se toma un buen moka, los “snacks” instalados en las boutiques juveniles para comer grasa frita mientras se elige la talla 11, o los millones de niños aprendiendo inglés de las horas y horas que pasan con las consolas de video todos los días. El entretenimiento aparece como un elemento central de la sociedad de este nuevo siglo, la cual requiere diversión para seguir, sin ella este siglo no estaría aquí de esta manera.

Se podría decir sin temor a equivocarnos, que la cultura actual es una cultura saturada, agotada de tenerlo todo cerca y no tener nada concreto porque casi todo es fugaz, escurridizo, se va de las manos como llega; el amor, el trabajo, las instituciones, todo pareciera ser una copia malhecha de otro tiempo, como producto chino en el mercado negro, que parece igual por fuera pero la maquinaria es de mucho menor calidad. Los trabajos que antes brindaban seguridad social y la posibilidad de una pensión después de una vida de labores hoy día ofrecen contratos temporales de 3 ó 6 meses después de los cuales hay que renovar para no generar antigüedad y sin embargo todo mundo los persigue desesperadamente porque es lo que hay; el amor ahora consiste en amar a otro mientras la intensidad del enamoramiento perdura, una vez que se acaba lo rosa y el amor empieza, casi nadie es capaz de luchar por estabilizar la relación y aprender esa maravilla de

sufrimiento que es amar, para qué si es más sencillo y práctico desecharlo y conseguir a alguien más con quien dormir apasionado nuevamente, total que para eso habemos 6,000 millones de personas en el mundo –1,300 de ellos chinos, usted dirá-; en fin, que en esta cultura del úselo y deséchelo, casi nadie se compromete si no es consigo mismo, lo que quiere decir ser un triunfador más que responda a la lógica preestablecida de pisotear al de enfrente como máxima, en gran medida porque el pensamiento facilista y light de este siglo ha diseñado los lugares no para que la gente esté, sino para que produzca. Pareciera que es más sencillo así, pero en el fondo el precio a pagar es muy alto, la propia existencia. Dichosos aquellos que nunca dan cuenta que existe algo distinto del dinero y el esfuerzo por impresionar a los demás, porque de ellos será el reino de los adormecidos y morirán felices como tiernos corderos.

3.3 La aspiración del deseo

Si existe una palabra clave en la existencia humana actual es “deseo”: deseamos comer, tener juguetes, trabajo, ver crecer a los hijos, comprar una casa nueva, salud para la gente querida, amigos, titularnos, que se muera George Bush, que no llueva para no mojarnos en el regreso a casa, salvar a la naturaleza, dormir bien esta noche, paz mundial, bajar de peso o cualquier otra cosa de este mundo.

Jacques Lacan, un psicoanalista francés del siglo xx, introduce al psicoanálisis el concepto “falta”: la falta es precisamente aquello que da movimiento a la vida a través de generar deseo, cuando alguien siente que algo le hace falta a su vida, en ese preciso momento nace el deseo, y en un alto porcentaje de ocasiones esto lleva a quien desea a moverse para conseguir dicho objeto de deseo con la intención de cubrir la falta –que lo logre ya es otra cosa-; el mencionado deseo puede ser físico, imaginario o intelectual, pero siempre será emocional, basta con que sea sensible para existir, y lo que es más aún, siempre existe.

Justamente es este juego del deseo el que con más entusiasmo practica la cultura contemporánea, llevando hasta el extremo del sin sentido a la sociedad de nuestro tiempo. Es un juego sin fin, un retruécano, la botella de Klein o la cinta de Moebius⁷. Ante la falta de algo y frente a la sensación de necesidad que produce ésta, la gente, la cultura, genera un satisfactor con que ponerse en paz, pero resulta que la falta no tiene límite y la paz no llega, porque mientras consigue taponar por un lado el hoyo de la ausencia ya se está abriendo otro que reclama para sí atención y satisfacción. Desde mi punto de vista existen tres tipos de necesidades:

⁷ La cinta de Moebius y la superficie o botella de Klein son dos formas descubiertas durante el siglo xix por Ferdinand Moebius y Felix Klein respectivamente y que tienen como características ser superficies de una sola cara y un solo borde, de modo tal que si se desliza un objeto cualquiera sobre ellas no hay un final determinado y dicho objeto podrá seguir deslizándose eternamente, ad infinitum.

- 1) las necesidades físico-orgánicas,
- 2) las necesidades simbólicas de primer orden y
- 3) las necesidades banales o simbólicas de segundo orden.

Entre las tres forman una cadena indivisible dentro de la cual gira libremente el deseo arrastrando consigo cuanta humanidad encuentra a su paso.

Las necesidades físico-orgánicas son aquellas de las que no hay manera de deshacerse salvo muriendo, aquellas encargadas de satisfacer al cuerpo en tanto organismo: hambre, sed, secreciones, etc; las necesidades simbólicas son aquellas que tienen que ver con necesidades espirituales y sin las cuales el cuerpo puede vivir pero no necesariamente con categoría de Ser humano tales como pintar, enterrar al congénere, escribir una poesía, asistir a ritos religiosos de cualquier tipo, pensar, platicar, querer, etc; estas actividades tienen como objeto alimentar el alma y; finalmente las necesidades banales o simbólicas de segundo orden son aquellas que no alimentan el espíritu sino el ego, que se encargan básicamente del envilecimiento de la cultura, son las células cancerígenas de las que se habló antes, estas están constituidas de todo aquello que no alimenta el espíritu aunque en muchas ocasiones sí el cuerpo y principalmente el ego maltratado⁸.

⁸ Quintín Tarantino hizo decir al protagonista de su película "Death proof" "no hay nada más hermoso que el ego herido de una linda mariposa" para referirse a una linda y decepcionada mujer; reflejando claramente la importancia que tiene el aspecto expresivo en la sociedad actual. Y de paso su frialdad para jugar con lo establecido, la norma.

Rom Harré⁹ en su libro *El ser social* propone que las formaciones sociales se explican a partir de los aspectos práctico y expresivo, en donde el aspecto práctico consiste en la “acción dirigida a los fines materiales o biológicos” y el aspecto expresivo se entiende como la “acción dirigida a la formación de la impresión de uno mismo a los ojos de los demás” (1982: 37) sin embargo el peso que tenga cada uno de estos aspectos dependerá de las condiciones históricas. Considerando esto y remitiéndonos a los tres tipos de necesidades, queda claro que si bien la actual es una cultura que produce como ninguna otra a lo largo y ancho de la historia, las condiciones históricas de nuestra actualidad no cargan el peso por el lado del aspecto práctico. A pesar de eso, la actual cultura parece estar más cercana a aquello que Harré denomina aspectos expresivos ya que pasamos como sociedad gran parte de nuestro tiempo dedicados a la satisfacción de la formación de una buena imagen que dar a los demás, como se puede notar en el hecho de tener una tercera necesidad con su valor simbólico de segundo orden.

La nuestra no es una era que se encargue únicamente de satisfacer el apetito y cubrir sus necesidades concretas, por el contrario, está muy alejada de eso como lo muestran Mc Donald's, Coca-Cola, Danone, Honda, Subway, Philips, Wal-Mart, Starbucks, Zara, Mattel, Cartier, Dior, Gucci, Moschino, Carrefour, Mont Blanc, Chanel, Adidas y Nike entre otros centenares de marcas conocidas, reconocidas y “requeteconocidas” a partir de la invasión a la intimidad que implican los mass-

⁹ Romano Harré, filósofo de la ciencia Neozelandés que allá por 1979 escribe en “El ser Social”, una teoría para la Psicología social como el título de su libro indica.

media y la falta de sensatez de quien hace la publicidad asfixiante y de quien la programa para ser transmitida día y noche, siete días a la semana y doce meses al año sin faltar uno sólo, porque para el mercantilismo no existen días de asueto.

La verdad es que la gente podría vivir sin la gran mayoría de las marcas arriba mencionadas por no decir sin todas, podríamos, pero no podemos. La conjugación del verbo marca una enorme diferencia, igual que lo hace el hecho de vivir en una cultura que desde que la bautizaron como globalización ha hecho su trabajo de forma frenética, perversa y sumamente eficiente, y se ha encargado de permear hasta el rincón más apartado del mundo con su cultura global. En la actualidad no basta con tener un auto, un teléfono, un tocadiscos y esas cosas que marcaban el estilo de vida hasta mediados de los años noventa, de entonces a la fecha y especialmente durante este siglo acelerado, fugaz e inasible, la marca importa no más sino mucho más que el producto mismo, hay quien se atreve a decir que la marca es el producto y lo peor, existe quien se lo cree. El orden expresivo del que habla Harré se marca con firmeza y contundencia superior al orden práctico en este inicio de siglo. La colectividad está endiosada con obtener prestigio y renombre, está empeñada en conseguir renombre y destacar del resto a través de consumir todas las prestigiadas etiquetas existentes en el mercado, porque ahora el prestigio se consigue publicitándose muy bien, sabiéndose vender como lata de supermercado, ya no importa ser una persona íntegra y consecuente, lo que importa ahora es ser visto y más visto como Paris Hilton para ser, sin calificativo, para ser.

Así las cosas, la tercera necesidad con todo y todo, con su banalidad y su trofeo de segundo lugar en cuanto a lo simbólico, supo arreglárselas para ser una necesidad primaria como comer, cantar o creer en Dios. El consumo es la nueva religión de nuestro tiempo y con ello en lugar de veladoras llegaron las mercancías masificadas y globalizadas, saturando así el espacio de todo tipo de cosas inútiles en el sentido práctico y de sumo valor en cuanto a lo expresivo y una vez saturado el espacio, repleto de adminículos repetidos hasta el cansancio, lo que la cultura contemporánea obtiene como resultado es el vacío una vez más, en esta ocasión vacío por saturación. Lo logramos, llegamos de nuevo al inicio, a la ausencia, a la falta y esta vez quien sabe cual vaya a ser el deseo. Estamos en el límite entre el suicidio y la cultura.

El deseo es un aire que ronda el planeta y se respira en cada esquina y a cada instante y la cultura contemporánea se ha encargado de exacerbar su presencia, ya no basta con tener hambre y comer un trozo de pan porque ahora el pan debe ser preferentemente bajo en calorías y con linaza para ser desechado más rápido, no basta con tener sed y beber agua simplemente, se agradecerá que de preferencia se tenga a la mano un líquido energizante con sales específicas que son “mejor que el agua” dicen los anuncios publicitarios. Para enterrar a un fulano no es suficiente un rito funerario con su elegante negro que resalte la sobriedad de la tristeza, esa tristeza deberá ser expuesta en Gayosso para que sepa a gloria.

Aún con todo esto, al parecer queda una esperanza viva, ya que el deseo se puede afrontar de dos formas distintas: abandonándose a él o decidiendo; la primera es sencilla y muy simple debido a que no se requiere sino existir en el mundo y abandonarse a la aspiración de tener para ser, la segunda es igual de simple pero más bella, ya que requiere que quien desea sepa por qué y para qué, aunque sea por capricho y para nada lo cual de menos nos dejara conscientemente incómodos e inconformes. Por supuesto que esta última implica una sociedad integrada, capaz de saber que lo que importa es estar, generar cultura que alimente al espíritu y no al ego, que permita un transcurrir hermoso en tanto llega la eventualidad de la muerte.

3.4 El largo brazo de la moda

Si el siglo veintiuno tiene un Dios no es Cristo, Mahoma, Alá o Buda, no que va, si esta era tiene un Dios es la moda, el consumo es la nueva religión de nuestro tiempo y la moda el Dios en turno.

Dicen los que saben que en estadística la moda es aquello que más se repite, en la cultura cotidiana también, y esta repetición se puede dar en cualquier ámbito de la vida llámese artístico, literario, en el vestido, el juego o las costumbres. Parece ser que la moda tiene como característica principal sí la repetición, pero también una serie de elementos que la distinguen tales como su inherente tendencia al

cambio continuo y a la novedad. Y es que la moda no es una cosa que se pueda quedar quieta porque de hacerlo desaparece, se convierte en ceremonia, en rito, necesita de la incertidumbre para aparecer, de la inestabilidad para existir y es por eso que encaja tan adecuadamente en nuestra época, porque para ella la velocidad es como el agua para el pez, vida.

Al parecer no siempre ha sido así, los egipcios por ejemplo, mantuvieron su estilo de vestimenta igual durante 2500 años aproximadamente (Squicciarino, 1990: 151), sin embargo, en el siglo xvi la corte francesa inaugura la moda al vestirse “a la mode” con la intención de diferenciarse del austero atuendo de la corte española hasta entonces dominante, fue tal su necesidad de distinguirse que incluso se diseñó una muñeca de nombre “Pue” encargada de reproducir las distintas modas de la época para después llevarla de corte en corte con la intención de informar sobre las últimas novedades (Ídem), inaugurando así también de paso la publicidad de las mercancías.

Desde su inicio la moda tuvo como objetivo marcar las diferencias sociales, las clases pudientes se hacían diseñar vestimentas exclusivas con la finalidad de diferenciarse del pueblo, prohibiendo a través de diversas leyes el uso de éstas por parte de las clases sociales más bajas. El arribo primero de la burguesía y luego de las máquinas con la revolución industrial, trajo consigo la masificación de la producción y con ella mayor diversificación, y como consecuencia de esto se hizo posible el uso de lo exclusivo por los excluidos, sin embargo la producción

que se efectuaba hasta entonces tenía aún como objetivo la satisfacción de las necesidades de vestido, cultura, transporte y sustento en general, nada que ver con nuestros días. Bajo este ritmo la moda siguió su curso hasta ya bien entrado el siglo xx y cuando ya casi estaba de salida el cáncer de la post-modernidad le dio alcance y la coronó como reina de la cultura, desde ese momento la moda y su pensamiento repetitivo, veloz, inestable e inconsistente tomaron el mando.

Así es, la moda es la ama y señora de nuestro mundo vigésimo-primerizo, es la señora matanza de la cultura, cuando no lo tiene lo compra, si no lo compra lo asesina. En realidad la moda es el elemento de control social por excelencia, se encarga de diseminar por el mundo una cultura light capaz de hacer pensar a la gente, a través de disgregarse como objeto de deseo, que tener la novedad es no sólo lo mejor sino lo único que vale la pena en la existencia, la moda a toda costa o la muerte social como resultado de no obtenerla parece ser el planteamiento.

Ciertamente lo más actual en este mundo, lo más de moda es la repetición, la aspiración social de tener lo más pronto posible objetos, objetos y más objetos que se caracterizan por estar separados y muy lejos espiritualmente de quien los hace. Hay que estar al día y para estarlo debemos consumir como desesperados.

Fausto Squillace un psicólogo social disfrazado de sociólogo, en una obra escrita en 1902 define la moda como “un fenómeno social de origen psico-colectivo y de

carácter estético” que satisface la “necesidad de innovar y de cambiar así como el deseo de aparentar, de brillar, de competir y de vencer” (Squillace en Squicciarino, 1990: 156), parece ser que desde entonces está muy clara la función de la moda, la apariencia por encima del contenido, la brillantez que deslumbra como espejitos españoles en el siglo xvi en Tenochtitlán, la competencia como modo de sobresalir y la victoria como manera de aplastar al otro. En conclusión, la moda nace con un pensamiento individualista e ilusorio que no permite el avance del alma social, la razón de fondo de todo esto es que detrás de la moda no está la gente y su necesidad de ser visto por los demás sino el poder, que haciendo uso precisamente de esa necesidad social de reconocimiento moldea el mundo de forma tal que gran parte de la humanidad se deslumbra con sus lucecitas destellantes.

Quizá por eso el centro comercial es hoy en día el mejor ejemplo de la distribución espacial y espiritual de la sociedad del siglo xxi: enorme, con capacidad para albergar y dar cobijo a todo aquel que sufra la incapacidad de soportarse a sí mismo un fin de semana completo. Ansiosa como es esta sociedad, desesperada por seguir en la rutina ya que difícilmente conoce otra forma de vida, una vez que tiene tiempo libre corre a usarlo en ocuparse, para lo cual se dirige al templo de la cultura consumista a comprar objetos para estar a la moda y entonces sí, ya muy contenta de haber llenado el gran hoyo de su vacío con el hoyo de la saturación se dirige a casa para al siguiente día volver a la rutina oficial sin siquiera preguntarse

si existe algo del otro lado de la luna porque eso es ocioso en tanto no lo vendan como música de moda.

3.5 Del espacio al ciberespacio

“Todo número es uno, es “un” número, aunque sea 17”... (Fernández Christlieb, 2004: 185), esto es, cada cosa tiene su particularidad, es una partícula del todo, del universo, y como tal cumple un papel determinado en el espacio colectivo. Existen tantas partículas como uno imagine y más aún, con su forma de ser característica, su color, tristeza, peso, gravedad, en fin, diversas entre sí y semejantes en tanto partículas del todo. Lo cierto es que a últimas fechas la cultura contemporánea se ha encargado poco a poco de negar esta realidad, lo cual no quiere decir, afortunadamente, que con esto desaparezcan las diferencias. Mientras en épocas pasadas cada cosa tenía un lugar, un espacio, hoy día parece ser que quien pretende erigirse como poseedor único del lugar es el poder, ese que no se ve pero sí que se siente, y pretende hacerlo a través de vender mundialmente el discurso del individuo, con lo cual homogeniza todo. Individualizando se ahorra el problema del grupo, del pensamiento colectivo, y entonces sí puede decir que somos muy particulares aunque nos vistamos todos en la misma tienda a nivel mundial, total para eso tenemos celulares y computadoras personalizados, bueno hasta el café lo es hoy día. Pero resulta que no es fácil salir y verle al de junto el mismo modelo de móvil, porque aunque estén

muy personalizados es claro que son igualitos, por eso la realidad de este siglo xxi, lista que es diseño una solución casi tan brillante como la perspectiva renacentista, descubrió el ciberespacio. En él no hay ya problema con sentirse igual al otro porque ese otro no es visible sino por fotos, no existen deferencias porque el tono de voz no se escucha, se puede ir a cualquier parte desde Louvre hasta el sahara con sólo un “click”. El ciberespacio es el ente que le crece por dentro a nuestra era, es la perspectiva vigésimo primeriza, sólo que si en aquella del siglo xv había que quedarse pensando a dónde se iba o qué venia por ese puntito, en el ciberespacio actual ya todo tiene respuesta, perdió el encanto. Irónicamente la superficie espacial del siglo xxi es un espacio superficial.

CONCLUSIONES

La nostalgia

...Pero ya no era ayer

sino mañana...

Joaquín Sabina

La configuración de la forma de ser del espíritu social que ronda este nuevo siglo es claramente producto de la influencia de culturas pasadas, sociedades que se forjaron una identidad propia producto de hechos trascendentales como el hambre, guerras, hartazgo de dioses, necesidad de aligerar el trabajo humano, etc; todas ellas no sólo afincadas en un espacio físico, sino también adheridas espiritualmente a su tiempo, consecuentes con sus principios y su forma de ser, sólidas en su estructura central y fieles a su forma de interacción. El siglo xxi puede ser fiel a sus principios y su modo de interacción, pero su espíritu dista mucho de estar fijo en su presente, enraizado en su espacio y por lo que se ve, su centro pulula como mariposa distraída si es que existe, y es que el xxi es un siglo que nace nostálgico. El diccionario de etimologías define la nostalgia algo así como el “dolor por la tierra perdida”, a partir de esta definición quedan claras dos cosas, a saber, que a este siglo se le perdió la tierra y que esta adolorido por esta causa. La explicación de este desastre emocional es como sigue: ciertamente parece ser que este inicio de milenio no tiene muy claro dónde está el sentido de

su existencia, su tierra donde echar raíces, es decir, la forma de crear algo que le dé un significado propio, y por eso anda por todos lados con su discurso de globalización, que no es otra cosa que la afanosa búsqueda por doquier de un centro donde estabilizarse, y si el centro es el lugar donde se congrega la comunicación y el contorno el sitio donde viven los objetos que participan de ella, el espíritu vigesimoprimerizo confundió centro con contorno, de ahí la masificación de objetos, es la consecuencia de tal confusión.

Por otro lado todo mundo dice que esta sociedad actual es una sociedad deprimida, ese todo mundo casi le atinaba, pero no es depresión sino dolor lo que siente la cultura contemporánea, el dolor del hueco por saturación que le ocasiona el consumo masivo de objetos, de haber perdido la tranquilidad que da el que la existencia tenga sentido, y precisamente debido a esa falta de sentido es que este siglo brinca de época en época, para lo cual se invento el pretexto de la moda “retro”, investigando a ver si por ahí está el suyo, pero hasta ahora no lo ha encontrado.

El vacío, ese hueco silencioso y constante que se siente a estas alturas de la historia de la humanidad es bastante parecido a la nostalgia que siente una persona cuando añora a alguien o algo, son unas ganas de volver a tener aquello que se perdió para con ello recuperar el sentido de la existencia, y hay quién se pasa metido en ese infierno toda la vida, lo malo es que esperando sin hacer nada

difícilmente se conseguirá ni que regrese el pasado ni apropiarse de un nuevo sentido de vida, por ello si lo que necesita esta sociedad, esta cultura, este espacio colectivo del siglo xxi es un nuevo sentido, tendrá que empezar a ser valiente y construirse, es decir, deberá empezar a ser creativo y no repetitivo. Dicho lo cual podemos afirmar que quizá haya una esperanza para esa nostalgia cultural que hoy todos somos, la clave consiste en empezar a preocuparnos más por el afuera, mirar más allá de nuestra propia nariz y así tomarle importancia a las naderías, que si se les pone atención resultan sumamente entretenidas además de ilustrativas, es decir, iluminadoras. Salman Rushdie escribe que nada sale de la nada, no hay cuento que surja del aire, los cuentos nuevos nacen de los viejos, son las nuevas combinaciones las que los hacen nuevos, entonces lo que podríamos hacer como sociedad es ponernos a repensar la historia para encontrarle nuevos significados y así encontrar sentido propio como sociedad y dejar de intentar repetirla, que es lo que nos ha llevado hasta el cadalso. En resumen, debiéramos preocuparnos mucho más por embellecer la vida social encontrando por ejemplo significado a las lluvias antes que preocuparnos por si el calentamiento global acabará con todos, ocuparnos de ser amables con los/las y lo demás que por andar consumiendo, destruyendo y diseñando modelitos de salvación planetaria o de pareja. Es más fácil transitar amablemente, con ritmo, que ser acelerado y matar con ello la belleza a la vida, porque si no hay belleza en la existencia ¿entonces de qué se trata la vida?

BIBLIOGRAFÍA

- Baudrillard, J. (2004) *El sistema de los objetos*. México, Siglo XXI Editores.
- Collingwood, R. G. (2000) *Idea de la historia*. México, Fondo de Cultura Económica.
- De Saussure, F. (1998) *Curso de lingüística general*. Madrid, Akal Editor.
- Fernández Christlieb, P. (1991) *El espíritu de la calle: Psicología política de la cultura cotidiana*. Guadalajara, Universidad Autónoma de Guadalajara.
- (1994) *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Barcelona, Anthropos.
- (2000) "El territorio instantáneo de la comunidad posmoderna", en: A. Lindon Comp. *La vida cotidiana y su espacio temporalidad*. México, Anthropos, pp. 147-170.
- (2004) *La sociedad mental*. Barcelona, Anthropos.
- Ferrer, E. (2005) *El lenguaje de las trilogías*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Fossier, R. (2007) *Gente de la edad media*. México, Taurus.
- García Pelayo, R. (1987) *Diccionario enciclopédico Larousse*. México, Editorial Larousse.

- Gaarder, J. (1998) *El mundo de Sofía: novela sobre la historia de la filosofía*. México, Editorial Patria.
- Giedion, S. (1982) *Espacio, tiempo y arquitectura: el futuro de una nueva tradición*. Madrid, Editorial Dossat.
- (1978) *La mecanización toma el mando*. Barcelona, Editorial Gustavo Gilli.
- González Ochoa, C. (2004) *La polis*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Grijelmo, A. (2005) *La seducción de las palabras*, Madrid, Punto de Lectura.
- Harré, R. (1982) *El ser social*. Barcelona, Alianza Editorial.
- Heller, A. (1970/2002) *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona, Península.
- Hernández, M. (1996) *Poesía*. México, Editores Mexicanos Unidos.
- Hours, F. (1985) *Las civilizaciones del paleolítico*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Lezama, J.L. (2005) *Teoría social, espacio y ciudad*. México, El Colegio De México.
- Lipovetsky, G. (2002) *La era del vacío*. Barcelona, Anagrama.
- (2006) *Los tiempos hipermodernos*. Barcelona, Anagrama.
- Munizaga, G. (1999) *Las ciudades y su historia*. México, Alfaomega Editor.
- Mumford, L (1979) *Técnica y civilización*. Madrid, Alianza editorial.

- Neruda, P. (1999) *Crepusculario*. Barcelona, Editorial Andrés Bello.
- Rushdie, S. (1983) *Harún y el mar de las historias*. Barcelona, Editorial Seix Barral
- Sennett, R. (1978) *El declive del hombre público*. Barcelona, Ediciones península.
- Squicciarino, N. (1990) *El vestido habla: consideraciones psicosociológicas sobre la indumentaria*. Madrid, Ediciones Cátedra.
- Verdú, V. (2003) *El estilo del mundo*. Barcelona, Editorial Anagrama.
- Virilio, P. (1988) *Estética de la desaparición*. Madrid, Anagrama
- (2006) *Ciudad pánico*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.